

MEN WANTED

UN LIBRO SOBRE EL SACERDOCIO
PARA JÓVENES INCONFORMISTAS

JULIO MUÑOZ LÓPEZ DE CARRIZOSA, LC

BARKER  JULES®

BARKER & JULES™

MEN WANTED.

UN LIBRO SOBRE EL SACERDOCIO PARA JÓVENES INCONFORMISTAS

Edición: BARKER & JULES™

Diseño de Portada: José Luis Chávez Vélez | BARKER & JULES™

Diseño de Interiores: Sara Risk Ferrer | BARKER & JULES™

Primera edición - 2022

D. R. © 2022, JULIO MUÑOZ LÓPEZ

I.S.B.N. Paperback | 979-8-88691-200-5

I.S.B.N. Hardback | 979-8-88691-201-2

I.S.B.N. eBook | 979-8-88691-199-2

Derechos de Autor - Número de control Library of Congress: 1-11440576421

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización expresa y por escrito del autor. La información, la opinión, el análisis y el contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores que la signan y no necesariamente representan el punto de vista de BARKER & JULES™, sus socios, asociados y equipo en general.

BARKER & JULES™ y sus derivados son propiedad de BARKER & JULES LLC.

BARKER & JULES, LLC

3776 Howard Hughes Pkwy 549, Las Vegas, NV 89169

barkerandjules.com

Índice

Presentación	9
Introducción	13
1. Men Wanted	17
<i>¿Vale la pena ser sacerdote? ¿Acaso no se puede servir a Dios como padre de familia?</i>	
2. «Esta noche voy a arrasar»	25
<i>¿Hay forma de saber si Dios me habla? ¿Cómo lo hace?</i>	
3. Como cuando te enamoras	33
<i>¿Existen algo así como indicadores de un posible llamado? ¿Dónde están esos signos? ¿Cómo interpretarlos?</i>	
4. La hora de Dios	41
<i>¿Existe una hora de Dios? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no más tarde cuando haya experimentado más cosas?</i>	
5. Cuando perder es ganar	47
<i>¿Cómo es posible que Dios me pida renunciar a todo lo que para mí es importante, renunciar a mis sueños y proyectos personales?</i>	
6. Paquete completo	53
<i>¿Qué quiere decir exactamente la palabra «vocación»?</i>	

7. Una moneda de dos caras	59
<i>¿La voluntad de Dios o la mía?</i>	
<i>¿Elige Dios o elijo yo?</i>	
8. Un jarrón de porcelana	65
<i>¿Se puede perder la vocación?</i>	
9. Como un rascacielos	71
<i>¿Por qué tanto tiempo de formación?</i>	
<i>¿Qué hacen todos esos años?</i>	
10. OVNI (Objeto volador no identificado)	79
<i>Bodas, bautizos y primeras comuniones,</i>	
<i>¿un poco aburrido no?</i>	
11. ¿Se puede vivir sin sexo?	85
<i>¿Se puede vivir sin sexo?</i>	
<i>¿Algún día dejan de gustarle las mujeres?</i>	
12. Ni <i>Matrix</i> ni <i>Harry Potter</i>. El sacerdocio es cruz	93
<i>¿Cómo sé que no me voy a equivocar?</i>	
<i>¿Cómo evitar un fracaso?</i>	
13. A contrarreloj	101
<i>No vivimos para siempre</i>	
Conclusión	107
Subsidio 1: En pocas palabras	111
Subsidio 2: Dejemos hablar a un sabio	115
Subsidio 3: ¿Y ahora qué?	121
Bibliografía	123
Nota del autor	125

*A mis padres, en agradecimiento por su apoyo
incondicional a mi vocación.*

Presentación

Durante el período en el que me fue entregado este libro para disfrutar estuve celebrando el vigésimo quinto aniversario de mi ordenación episcopal junto a la Arquidiócesis de Monterrey, de la cual Dios me llamó a ser pastor. Al igual que el padre Julio me propuse compartir la experiencia de mi vocación con todos aquellos que pudieran estar interesados, a fin de que, escuchando a Dios, pudieran responder al llamado que Él hace a todos los seres humanos a la felicidad, dentro de un camino específico.

Son dos los grandes retos que tenemos quienes somos agentes de pastoral vocacional: el primero, reflejar con nuestra vida la alegría que nos da el llamado que Dios nos hizo, transmitirlo a las nuevas generaciones. La mejor promoción vocacional para mostrar a la humanidad que la vocación al sacerdocio o la vida consagrada vale la pena, es nuestra propia vida: la manera en que reflejamos felicidad, porque el amor de Dios no es solo una idea, sino un estilo de vida. Invito no solo al P. Julio a compartir su felicidad como sacerdote para que los demás quieran disfrutar lo que él disfruta, sino también a todos los jóvenes y padres de familia que tienen este libro en sus manos, para que

puedan comprender más plenamente la vocación sacerdotal y vean la realización que proyectamos aquellos que la hemos abrazado.

El segundo reto que nos presenta el padre Julio es explicar su propia vocación en términos y experiencias de los jóvenes de hoy, a fin de que muchos más puedan responder a las inquietudes que surgen en su mente y en su corazón. Dialogando con Esteban, que muy bien podría ser cualquier joven de nuestro tiempo, se plantea la respuesta a trece preguntas que seguramente todos los que hemos abrazado esta vocación al orden sagrado hemos tenido que responder, comenzando por si sigue teniendo sentido en nuestra época una vida como esta.

El sacerdocio no surge de experiencias extrañas al ser humano. Cada uno de nosotros tiene una historia similar a las personas de nuestra generación: familia, estudios, planes, ilusiones..., todo lo que es común al ser humano lo experimentamos y lo llevamos a plenitud cuando abrazamos este camino de santidad. En último término, eso debe ser cualquier vocación que la persona abraza: llevar a plenitud la experiencia humana.

Si bien es un libro ágil y ameno que recurre a situaciones habituales del ser humano, no deja de ser un libro profundo y claro. Un libro que más que exponer argumentos teológicos busca compartir la propia experiencia e invitar a ver la vida de gozo que personas santas y sabias han vivido. Como bien dice el padre Julio, la vida del sacerdote no debe convertirse solo en renuncia, sino en una experiencia de

vida maravillosa para quienes buscan escribir su propia historia, sirviendo exclusivamente a los demás y atreviéndose a emprender un camino de santidad.

Mons. Rogelio Cabrera
Arzobispo de Monterrey

Introducción

Gracias por atreverte a ojear estas páginas. ¡Qué valiente! Comencemos por explicar el título: *Men Wanted...* Me podrás decir y con razón: «Padre, ¿qué es eso de *se buscan hombres*? ¿Acaso la vocación no es un llamado de Dios?». Claro que lo es, pero también es una elección nuestra. Y para que muchos jóvenes, tal vez alguno como tú, puedan elegir, hay que presentar el sacerdocio como una opción de vida súper actual y atractiva, con sus luces y sombras, y hacerlo con claridad, sin miedo, sin complejos. Hay que hacerlo porque al mundo le faltan sacerdotes y aunque tú podrías ser uno de ellos, tal vez tienes en la cabeza mil estereotipos sobre la vida de los curas que no te dejan ver la vocación sacerdotal como lo que es: una aventura apasionante.

Intuyo que si te has atrevido a ojear estas páginas no es solo por mera curiosidad. Tal vez te encuentras un poco desencantado de la vida y tienes hambre de más, buscas una vida con más significado, con mayor propósito, que genere un impacto más profundo. Quiero pensar que aspiras a una vida que sea reconocida por algo más que por la marca de ropa que usas. Quieres algo que haga vibrar tu corazón, una causa que te comprometa y te ilusione, y eso

te ha llevado alguna vez a pensar en la posibilidad de ser sacerdote. ¡Imagínate, qué locura! Pero, tal vez cuando te planteas esa remota posibilidad, aunque sea muy de lejos, te asalta la idea de que es una opción para *nerds* o gente asocial. Una elección noble, buena, pero pasada de moda. Una escapatoria para personas inseguras y acomplejadas y claro, ¿quién quiere eso? Nadie.

Piensa en esto: si lo que rezas en el Credo es cierto, si crees que existe Dios y existe el cielo; si crees que este Dios vino al mundo como hombre y que eligió a unos pocos para actuar en su nombre; si es cierto que cuando el sacerdote dice, de un trozo de pan: «Esto es mi cuerpo» (Lc 22,19), ya no es pan. Si es cierto que cuando dice: «Yo te absuelvo de tus pecados» (Cfr. Jn 20,23), la vida de un hombre comienza de cero. Si todo esto es verdad, ¿existe algo más grande para una criatura humana que ser ungido sacerdote de Jesucristo y serlo para toda la eternidad? Yo creo que no.

Por eso, pensando en jóvenes como tú, abierto aunque sea muy remotamente a la llamada del Señor, me he animado a publicar estas cartas. Cada una quiere responder a preguntas recurrentes sobre el llamado al sacerdocio, usando la sagrada escritura, el testimonio de los santos y la experiencia personal. He sustituido los nombres de los destinatarios originales por un único joven que los representa a todos: Esteban. Un estudiante de veintiún años con muchas inquietudes sobre su futuro.

Lo mejor de Esteban es que es un chico bastante normal. Tal vez llegues a identificarte en algo con él. Esteban es

algo soñador pero muy responsable y competitivo. Sin ser un guaperas ha logrado varias conquistas a base de tenacidad, paciencia y buen tacto y todos le reconocen eso (algo que, a Marta, la novia con la que lleva dos años, no le hace mucha gracia). El caso es que le queda un año para terminar su carrera de administración de empresas y no tiene clara su proyección en el mundo laboral. Hace siete meses me invitó a cenar (sin saberlo su novia) y me confesó que se estaba planteando la remota posibilidad, muy remota todavía, de ser sacerdote.

Te podrá parecer algo totalmente fuera de lo común, pero no lo es. ¡Hay muchos «Estébanes» ahí fuera! Me vienen a la mente encuentros fortuitos en los que jóvenes estudiantes me han preguntado cosas como las que tal vez tienes en la cabeza en estos momentos: «¿Cómo supiste que querías ser sacerdote?»; «Padre, estoy dándole al Señor todo en mis estudios, mi familia, mis amigos, con mi novia... y siento que me sigue faltando algo». O también: «Estoy buscando un proyecto de vida en el que pueda servir a Dios y a los demás, una carrera que tenga significado, que tenga un impacto en el mundo..., pero no termino de identificarme con ninguna...». Puede ser al salir de misa, o compartiendo una cerveza fría o después de un partido de fútbol.

No creas que se trata de chicos raros o acomplejados, sino más bien lo contrario. Y diría que tienen un común denominador: un corazón enorme y un gran deseo de hacer algo por los demás, algo realmente significativo. Son jóvenes en busca de una vida impregnada de significado y desde

luego tienen muchísimas preguntas. Por ejemplo: ¿Por qué ser sacerdote cuando puedo servir a Dios como padre de familia? ¿Cómo saber si Dios me está hablando? ¿Existen algo así como indicadores de un posible llamado? ¿Por qué ahora y no más tarde cuando haya experimentado más cosas? ¿Cómo es posible que Dios me quiera y al mismo tiempo me pida renunciar a mis planes personales? ¿Qué quiere decir la palabra «vocación»? ¿Elige Dios o elijo yo? ¿Se puede perder la vocación? ¿Por qué tantos años de preparación para ser sacerdote? ¿Algún día dejan de gustarte las chicas? ¿Se puede vivir sin sexo? ¿Cómo evitar un fracaso y perder años de tu vida si al final no es para ti?

En el índice podrás ver que la temática de las cartas responde a la lógica de estas y otras preguntas. Las puedes leer todas juntas o por separado, o saltando de una a otra según los temas que más te interesen. Lo importante es que te ayude a encontrar respuestas útiles para aclarar tus ideas.

En cualquier caso, querido lector, felicidades por tomarte el tiempo de leer un poco sobre estos temas. Tanto si es tu camino como si no, seguro te va a ayudar e incluso te puede servir para dar un buen consejo a alguien que conoces. De antemano te pido que acompañes esta lectura con una pequeña oración por los sacerdotes y por todos aquellos jóvenes que el Señor, en este momento, está llamando. ¡Hace falta ser muy valiente para decir «sí»! Y necesitan nuestra oración.

Dios te bendiga.

1

Men Wanted

¿Vale la pena ser sacerdote? ¿Acaso no se puede servir a Dios como padre de familia?

*Os he dado poder para pisotear serpientes y escorpiones
y todo el ejército del enemigo (Lc 10,19).*

Querido Esteban:

¿Vale la pena ser sacerdote? ¿Acaso no se puede servir a Dios como padre de familia? Es una muy buena pregunta. Y mucho más cuando la vida que tienes por delante te ofrece tantísimas opciones. ¡Cuántos hombres han tenido un impacto enorme en la historia como grandes pensadores, científicos, artistas, políticos y padres de familia ejemplares! Ciertamente, no hace falta para nada ser cura si lo que estás buscando es servir a Dios. El punto es, ¿por qué valdría la pena tener ese impacto como sacerdote?

El tema asusta. No es común (lo más natural es tener una familia); es demasiado arriesgado (muchos abandonan o lo que es peor, son incoherentes); no hay garantías de que vaya a salir bien, etc. Yo te diría que precisamente por eso: por ser algo tan fuera de lo común, tan arriesgado y sin garantías, vale la pena. ¿Me explico? No sé qué tanto estás familiarizado con la historia de la legendaria *Expedición Imperial Transantártica* organizada por Ernest Shackleton en 1914 con la idea de atravesar todo el continente antártico pasando por el polo sur. Dicen (porque algunos lo atribuyen a un mito) que ese mismo año publicó un anuncio en el periódico londinense *Times* diciendo lo siguiente:

«*Men wanted...* Se buscan hombres para viaje peligroso. Sueldo escaso. Frío extremo. Largos meses de completa oscuridad. Peligro constante. No se asegura el regreso. Honor y reconocimiento en caso de éxito». Más allá de la veracidad histórica de aquel comercial tan atrevido, lo que dice aplica perfectamente al estilo de vida que llevamos los curas. ¡Increíble pensar que aquel reto, lejos de asustar a los lectores, recibió más de cinco mil respuestas! Y es que paradójicamente a los hombres nos atraen los retos que valgan la pena, por más que puedan asustarnos. Como te digo, encuentro muchas afinidades entre el anuncio de aquella expedición y el proyecto de vida que un joven con inquietudes vocacionales está llamado a considerar ¿En qué sentido? Veámoslo por partes:

«Un viaje peligroso». Muchos tienen una visión del sacerdote bastante idealizado, con un estilo de vida aburguesado, gastos pagados, seguro médico y plan de jubilación. Pero nadie lee las estadísticas sobre el número de asesinatos, secuestros frustrados, amenazas y extorsiones que cada año reciben en el mundo cientos de obispos y sacerdotes. Obviamente, la situación depende mucho de donde el Señor te envía a trabajar, pero el ritmo de vida y de trabajo está bastante lejos de poder considerarse un crucero por las islas griegas.

«Sueldo escaso». Es cierto que, en la mayoría de los casos, no pasarás hambre como sacerdote, pero tus ingresos raramente te permiten gastar en algo que vaya más allá de lo estrictamente necesario. Aquí el abanico de posibilidades

también depende mucho del lugar en el que se desarrolla una vida sacerdotal: territorio de misiones, parroquias ricas, parroquias pobres, congregaciones con un patrimonio establecido o grupos que van naciendo con un presupuesto mínimo. Al final, hablando de pobreza, tanto si haces una promesa (como un párroco) como si haces un voto (como los religiosos), el grado con que quieras vivir esa pobreza depende de ti.

«Frío extremo». Como cuando vas por la calle y te gritan «¡cuervo!» o te hacen entender de algún modo que tu presencia resulta incómoda. Cuando hablo de «frío» me refiero a las condiciones climatológicas que rodean la vida del sacerdote y que se pueden calificar de hostiles y cada vez más, Esteban, porque el mundo en muchos lugares ya no es creyente. El sacerdote es una figura contestataria, antisistema y su mismo uniforme provoca siempre una reacción. Nadie permanece indiferente ante el distintivo sacerdotal.

«Largos meses de completa oscuridad». ¿Qué oscuridad? La del corazón. La vida sacerdotal es un camino en el que hay muchos días de sol; pero también largas épocas en las que la aparente esterilidad, la falta de frutos, la ausencia de sentimientos en la oración, la ingratitud de las personas o las propias dudas de fe, embisten el corazón y no sabe uno donde meterse. La gente piensa que el sacerdote goza de una especie de iluminación especial por la cual siempre siente el amor de Dios, ¡nada más lejos de la realidad!

«Peligro constante». ¿A qué peligro me refiero? No hablo aquí de peligros físicos (personas, enfermedades, etc.), porque esos están totalmente en manos de la providencia. Hablo más bien de la tentación constante de vivir una vida sacerdotal mediocre o de la tentación de tirar la toalla y rendirte en cualquier etapa del camino. El peligro de la mediocridad, de la tibieza, el acecho constante de los aromas de una vida más fácil, menos exigente. Cada día hay que nadar a contracorriente.

«No se asegura el regreso». Quemar los barcos, al estilo de Hernán Cortés en las costas de Veracruz. El sacerdocio implica una total disponibilidad a no regresar, no mirar atrás. Por eso dice el Maestro que «el que pone la mano en el arado y mira atrás no sirve para esta vida» (Cfr. Lc 9,62). Si uno entra en la zona de combate y desde el minuto uno está contando el tiempo que le queda para regresar a casa, mal asunto. Uno se sube al barco con la mirada puesta en el Señor y dice: ¡Vámonos!

«Honor y reconocimiento en caso de éxito». No esperes recibirlo de los hombres. No digo que te vayan a faltar, pero será lo menos frecuente. Cuando Pedro le preguntó a Cristo, «¿qué nos va a tocar?» (Mt 19,27), Jesús les habló del ciento por uno en la tierra, pero sobre todo les habló del cielo. Ciertamente, cualquier estado de vida vivido con integridad se gana el respeto de los demás. Esto aplica también al sacerdote, pero el honor debes esperarlo sobre todo de Dios.

«Visto lo visto» me dirás, «¿por qué sería cura?». Por eso, Esteban, porque es peligroso, inseguro, difícil, fuera de lo común, arriesgado... ¿Acaso todo esto no esconde de algún modo lo que hace vibrar el corazón? John Eldredge, en su libro *Salvaje de corazón*, acertó muy bien al decir que todo hombre busca una batalla que luchar, una aventura que vivir y un amor que conquistar. Bueno, esto último habría que matizarlo aplicado a una vida de celibato, pero también aplica, aunque a primera vista parezca que no.

Te seré sincero. El sacerdocio no es para todos. Es más bien para unos pocos. Pero no unos pocos acobardados, que tienen miedo de romper esquemas, inseguros, apocados. Sino hombres que realmente quieren tener un impacto en el mundo y en las personas. De todos los sacerdotes valientes y ejemplares que me vienen a la mente, te recomiendo que leas en internet algo sobre la vida de un sacerdote belga, San Damián de Molokai. Murió en una isla habitada únicamente por leprosos, ocupándose de ellos cuando nadie más quiso hacerlo. Su vida hoy por hoy no es noticia, pero le da mil vueltas a la *Expedición Imperial Transantártica* de Ernest Shackleton y es un ejemplo vivo de lo que estamos hablando.

En fin, ¿vale la pena ser sacerdote? ¡Claro que lo vale! Una vida comprometida con una causa difícil; con la posibilidad de un impacto en el mundo que traspasa las fronteras de lo visible; como parte de un ejército de valientes cuya aventura comenzó dos mil años atrás, y con la garantía de una gran recompensa. ¡Qué más quieres! Imagínate cómo vibraban

los ojos de aquellos primeros doce apóstoles cuando Jesús les dijo: **«Os he dado poder para pisotear serpientes y escorpiones y todo el ejército del enemigo» (Lc 10,19)**. Sabían que no iba a ser fácil, pero ninguno se arrepintió de haber aceptado la misión.

«Pero padre», me dirás, «habrá que ver lo que Dios quiere». Así es, solo recuerda que la elección no es solamente de Dios. También es tuya y tienes que preguntarte: cuando pienso en la vida sacerdotal, ¿qué tanto me dejo condicionar por una visión algo medieval? ¿Me imagino una vida aburguesada o corrompida, como la que me presentan los medios de comunicación? ¿O me la imagino como una aventura apasionante? Verás como si lo piensas bien y partiendo de las inquietudes que me compartes vale la pena abrirte a la posibilidad de ser sacerdote. Todo lo que esa vida te ofrece, si Dios te ha elegido, responde a lo que te puede hacer feliz. Me refiero a serlo plenamente.

¡Un abrazo Esteban! Reza por mí.

2

«Esta noche voy a arrasar»

¿Hay forma de saber si Dios me habla?
¿Cómo lo hace?

*Antes de que Felipe te llamara,
cuando estabas debajo de la higuera,
te vi (Jn 1,48).*

Querido Esteban:

¿Qué tal vas? Gracias por tus mensajes de voz de más de ocho minutos. Sinceramente, sería incapaz de escucharlos enteros si no fuera porque haces buenas preguntas. **¿Hay forma de saber si Dios me habla? ¿Cómo lo hace?** Pues Dios habla siempre y habla mucho. Pero hay que saber escucharle. Muchos piensan que lo hace solamente en la Iglesia, en la oración, en el silencio o a través de la Biblia y claro, ¡así no hay forma de escucharle porque resulta aburridísimo!

Permíteme hablarte un poco de mi propia experiencia porque yo no encontré a Dios ni en la Iglesia ni en el silencio del corazón, sino en la discoteca, ayudando a los demás o estando con mi novia. ¡Así es! Dios te puede sorprender en cualquier momento. Obviamente, hay espacios y tiempos que hacen más fácil escuchar su voz. Pero, eso no quiere decir que Él quiera limitar su contacto contigo solamente a momentos algo privilegiados o propios de jóvenes con una vida espiritual tal vez más madura. Dios es más creativo de lo que te puedas imaginar. Piensa en tu relación con Marta, tu novia. No creo que tu trato con ella se reduzca solamente a momentos en los que es posible estar los dos solos cara a cara. Supongo que vuestra relación va más allá

y le envías mensajes de WhatsApp o comentas sus fotos de Instagram queriendo hacerte presente, haciéndole ver que le importas.

Con Dios es igual. Él también te manda mensajes o comenta tus fotos para que entiendas que le importas. Y a través de muchos pequeños momentos se comunica contigo. ¿Cómo lo hace? A través del corazón, de cómo reacciona ante diferentes circunstancias, eventos, noticias, etc. Solo hay que aprender a leerlo.

Para que entiendas a qué me refiero te comparto un par de anécdotas personales. Era viernes por la tarde y ahí estaba mirándome al espejo, abrochando los botones de mi camisa y pensando: «Julio, esta noche vas a arrasar». Tenía dieciséis años y comenzaban las primeras salidas nocturnas, usando identificaciones falsas para entrar en los bares y discotecas de moda en Madrid. Nos sentíamos mayores y solamente queríamos entrar para poder beber ingenuamente lo que pensábamos era whisky o ginebra, cuando en realidad eran mezclas adulteradas de solo Dios sabe qué cosa. El punto es que en aquel momento delante del espejo me creía Superman y estaba listo para comerme el mundo. Sinceramente no tenía ninguna chica concreta en la cabeza. Esa noche no importaba tanto con *quién*, sino *cómo*.

Todo iba bien hasta que llegamos a la entrada de la discoteca. Una masa enorme de adolescentes presumiendo sus mejores marcas y compartiendo paquetes de tabaco. Eran miles. Y había que hacer cola. ¡Qué impotencia! De nada

servían los contactos. Allí estábamos a merced del guarda de seguridad... y el tiempo de espera empezó a prolongarse. Después de una hora ese Superman que iba a comerse el mundo se encontraba cada vez más apretujado, sudando y rodeado de un montón de gente que esto es lo importante, estaban igualmente convencidos de ser Superman. Y de repente me sentí muy estúpido, como fuera de lugar. Me salí de la cola y volví a casa.

Otra situación que me impacto mucho sucedió con mi novia. Era una chica extraordinaria y a mi modo de ver guapísima. La veía cada verano, pero debo admitir que no me hacía ni caso. Al fin me animé a pedirle salir, como se hacían las cosas antes, de frente, sin tanto laberinto de mensajes y conversaciones virtuales. Me lancé y aceptó. ¡Por fin! Después de tres veranos me estaba dando una oportunidad, no me lo podía creer. Pero una vez más... algo pasó. Estábamos solos junto a un balcón, abrazados. Era un momento perfecto, de esas noches de verano que te gustaría congelar en el tiempo. Y estando con ella sentí que no era feliz. Sentí que la estaba traicionando. ¿Por qué? ¿Qué hice yo para pensar eso? ¡Nada! Pero así lo sentí. Sentí que me estaba engañando a mí mismo.

En fin, te podría contar varias anécdotas más en las que, de forma totalmente inesperada algo tocaba el corazón y me hacía decir: «¿Por qué no consigo disfrutar más?» o: «¿Por qué los demás no se hacen estas preguntas?» Y curiosamente estos cuestionamientos llegaban en las noches, con amigos o amigas, durante una conversación o

una fiesta. ¡Qué curioso! ¿Por qué te cuento esto Esteban? Para hacerte ver que no hace falta estar en adoración o en la capilla para sentir dentro de uno mismo ciertas verdades. Dios se puede servir de muchas circunstancias para tocar el corazón. Puede ser a la entrada de una discoteca, estando con tu novia, viendo una película o conversando con tus amigos. Cuando Jesús se encontró por primera vez con Natanael, uno de los primeros apóstoles, le dijo: **«Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1,48)**. ¿Qué quiso decir con esto? Que el Señor ya lo conocía de antes porque lo había estado observando y hablando a su corazón cuando él menos se lo imaginaba. Esa higuera representa tantos momentos en los que estando solos nos hacemos preguntas que solo Dios conoce. Lo importante es tener el valor de enfrentar lo que dice el corazón.

Un pionero en esto de leer el corazón fue **San Ignacio de Loyola**, un militar español del s. XVI d.C., que acabó por rendirse a lo que le decía el corazón. Cuenta la historia que tras una batalla contra los franceses en la que se destrozó su pierna, se vio obligado a estar en cama durante muchos meses. Esa fue su higuera. Tan aburrido estaba que comenzó a leer mucho. Cuando leía libros de caballerías el corazón se encontraba momentáneamente encendido, pero después se sentía vacío. Al contrario, cuando leía vidas de santos, sentía que su corazón naturalmente se alegraba y se ilusionaba espontáneamente. Aprendió con el tiempo a distinguir y aceptar estos dos movimientos del corazón. Terminó haciéndose sacerdote y fundando una

de las órdenes religiosas más importantes en la historia de la Iglesia. Te dejo el dato en caso de que te animes a profundizar por tu cuenta.

En síntesis, ¿hay forma de saber si Dios me habla? ¿Cómo lo hace? Sí que la hay. Dios habla siempre y lo suele hacer desde dentro de nosotros mismos. Pero, ¿sabes leer tu corazón? ¿Eres capaz de enfrentar lo que te dice? Para enfrentar un camino de discernimiento vocacional debes tener el valor de aceptar si algo no te hace feliz. O no te hace todo lo feliz que querrías ser. Enfréntalo, no seas tonto. ¡El corazón no engaña! Trata de rescatar esos momentos de tu vida en los que te has sentido algo diferente a los demás y pregúntate: «¿Por qué me pasa esto? ¿Qué quiere decir?» Y no vivas sin buscar respuestas.

¡Un abrazo Esteban!

3

Como cuando te enamoras

¿Existen algo así como indicadores de un posible llamado? ¿Dónde están esos signos?
¿Cómo interpretarlos?

*Todo eso lo he guardado desde mi juventud,
¿qué más me falta? (Lc 18,21).*

Querido Esteban:

¿Existen algo así como indicadores de un posible llamado? ¿Dónde están esos signos? ¿Cómo interpretarlos? Sobre este tema de los indicadores o signos hay una palabra clave: la naturalidad. Si te fijas a Dios no le gusta demasiado hacer ruido, es más bien amigo de lo sencillo, lo natural. Y también es sencillo el modo en que actúa en nuestras vidas. Por ejemplo, ¿qué sucede cuando nos enamoramos? No sé si has hablado con tus padres, con amigos o si tú mismo has estado realmente enamorado alguna vez. Yo sí lo estuve. Pues, aunque parezca extraño, los signos de un posible llamado al sacerdocio se parecen mucho a los signos de un posible enamoramiento. Me explico.

Primero ves a una chica que te llama la atención. Puede ser su físico, sobre todo cuando somos más jóvenes. Pero también puede ser su sentido del humor, su forma de hablar, su espontaneidad, su naturalidad, su elegancia, etc. El caso es que, sin haberlo buscado ni provocado, algo hay en esa chica que te llama la atención. Algo ha hecho que te fijes en ella incluso sin saber exactamente por qué. Lo interesante aquí es que no ha sido algo que tú hayas provocado. Ha sido una reacción espontánea, ha surgido. Luego, en un segundo momento, pones un poco de tu parte, es decir, muestras algo de interés. Empiezas a crear oportunidades

o aprovechas las que se te presentan. Buscas la manera de estar con ella en una fiesta, de hacerte el encontradizo, de sacarle conversación. En pocas palabras, ya no es algo espontáneo, sino que creas un espacio para el encuentro.

Si todo sigue su curso, al menos en mi época, había que currárselo un poco más para encontrar el teléfono de su casa sabiendo que podrían contestar sus padres. Ahora con las redes sociales es otra historia. El punto aquí es que buscas darle continuidad a esa relación. Empieza a crecer un sentido de exclusividad. La decisión es más fuerte y dicha decisión te hace renunciar a otras posibilidades: otras chicas, otros planes, etc. El penúltimo paso, para mí el más importante, es cuando llega el momento de plantearse seriamente salir con ella. Es decir, establecer formalmente una relación que implica un riesgo, implica un compromiso formal. Ya no es un juego. Y aquí, no me dejarás mentir, muchos se echan para atrás. Tienen miedo del compromiso. Si aceptas el compromiso pueden pasar cosas maravillosas. Pero te asustas y te preguntas: «¿Y si... sí?» Y una de dos: te retiras víctima del miedo a lo desconocido o le das una oportunidad a esa chica. ¡Ojo! Eso no quiere decir casarte con ella, sino sencillamente abrirte a la posibilidad de que sea tu novia. El último paso, el definitivo, es cuando integras esa persona en tu propia existencia al punto de plantearos construir juntos vuestro proyecto de vida, aunque falte mucho camino por recorrer hasta el matrimonio. Y, ¿qué tiene que ver todo esto con posibles signos de un llamado al sacerdocio? Muchísimo.

La primera etapa era la de un movimiento espontáneo, no buscado, no provocado. Una chica sencillamente te llamó la atención. La mayoría de las vocaciones sacerdotales empezaron de la misma manera: una película, una buena lectura, la figura de un sacerdote conocido, una predicación, una experiencia de ayuda a los demás... Sin haberlo buscado, todos sentimos que algo nos llamó la atención, sin poder muchas veces identificar lo que era. Algo se movió, nos sentimos misteriosamente atraídos por ese ideal de vida o por aquello que representa. Fue un impulso instintivo, una atracción.

Luego llega el momento del interés, de crear oportunidades. Es cuando vuelves a ver esa película o buscas otro libro parecido, o te quedas con el nombre de aquel sacerdote para eventualmente hablar con él, o te apuntas al siguiente retiro o voluntariado sencillamente porque tienes ganas de más. Lo siguiente son las decisiones. Entiendes que seguir ese hilo requiere algunas renunciaciones que vayan conforme a lo que estás buscando. Generas mayor exclusividad, un poco más de oración, haces un hueco para dirección espiritual o una vida sacramental más seria, menos esporádica.

Y entonces llega el penúltimo paso. Cuando te das cuenta de que, efectivamente, algo ha ido creciendo y consolidándose, llega el miedo y te preguntas: «¿Y si... sí?». Y una de dos, le das una oportunidad a Dios o te retiras por el miedo. Aceptar el sí sencillamente implica en tu corazón soltar las riendas y abrirte a la posibilidad del llamado, sin saber todavía si es o no es para ti. Pero es como abrir una

compuerta, un acto de confianza. El último paso es cuando formalizas de algún modo esa oportunidad y te apuntas a un proceso de discernimiento más serio y estructurado. Cuando te planteas la posibilidad de hacer de ese camino un proyecto de vida que abarque toda tu existencia.

Me dirás: «Padre, esta analogía habla más de las etapas que de los signos». Sí y no. Pregúntate. ¿Alguna vez, sin haberlo buscado, has sentido que algo tocaba tu corazón? ¿Alguna vez has sentido una inquietud, un deseo de algo más, algo diferente, de un ideal que polarice tu vida? ¿Alguna vez has experimentado la necesidad de generar algo de exclusividad para Dios en tu vida a través de la oración o el silencio? ¿Alguna vez te has encontrado con miedo ante la posibilidad de darle a Dios una oportunidad? ¿Alguna vez has sentido el atractivo de una vida polarizada por el amor y el servicio a los demás? Todo ello son signos que hablan de un posible llamado. Hay muchos otros. Por ejemplo, un cierto desencanto de las opciones que la vida te ofrece, como si no acabaras de identificarte con ninguna de ellas; un deseo de significado en tu trabajo; una ilusión por generar un impacto en la vida de las personas. Y por supuesto, el primer signo, el más elemental, es que seas un joven normal. O sea, que te gusten las chicas, que tengas pasiones y debilidades, talentos acompañados con defectos más o menos notorios. ¡Nadie espera de ti que seas un mini Superman!

Por todo ello Esteban, si tú me preguntas cuáles son los signos o indicadores de un posible llamado, te diría en

primer lugar que no te compliques la vida. Dios es sencillo y los signos de su llamado también lo son. Acuérdate de aquel joven rico que descubrió en ese anhelo de algo más el indicador fundamental hacia una llamada del Señor: **«Todo eso lo he guardado desde mi juventud, ¿qué más me falta?» (Lc 18,21)**. En segundo lugar, te invitaría a lanzar una mirada algo más reflexiva sobre tus propias experiencias (un cierto desencanto de la vida; una cierta sensibilidad espiritual; un deseo de impacto en la vida de personas, de servicio; un anhelo de mayor plenitud interior; un atractivo por una vida con propósito). En tercer lugar, y te va a parecer extraño, una intuición, como cuando te enamoras. Algo así como «siento que el Señor me quiere para algo. No lo sé, pero podría ser». En cuarto lugar, una base humana sobre la que se pueda construir una vocación: ser normal. Entiéndeme: una psicología sana, buena salud, una cierta capacidad intelectual. Lo bueno de esta parte es que se trabaja en equipo. Hay buenos *coaches* o consejeros que te pueden ayudar a ser objetivo en esto porque el sacerdocio no es para todos.

En el s. XII d.C., un joven normal llamado Juan Bernardone respondió a estos signos de los que te estoy hablando. Vivía en Asís, Italia y era el hijo de un comerciante de telas. Hacía una vida normal, participaba en las fiestas y se embarcaba en batallas contra las regiones vecinas sedientas de gloria, honor y fama. Pero poco a poco acabó por aceptar el vacío ante lo que el mundo le ofrecía, se entregó totalmente a Dios y comenzó un movimiento espiritual que marcó para siempre la historia de la Iglesia. ¿Te suena? Se trata de San

Francisco de Asís, ¡un fenómeno! Y lo que más me gusta de su historia es la tremenda honestidad con la que se enfrentó a esos signos.

Por eso, Esteban, termino recomendándote una dosis enorme de sinceridad contigo mismo, porque te digo una cosa: puedes estar enamorado de una chica, pero convencerte a ti mismo de que quieres casarte con otra y tal vez lo consigas. La pregunta es, ¿podrás ser igual de feliz?

¡Rezo mucho por ti! ¡Cuídate y reza por mí!

4

La hora de Dios

¿Existe una hora de Dios? ¿Por qué ahora?
¿Por qué no más tarde cuando haya
experimentado más cosas?

*Venid conmigo y os haré pescadores
de hombres (Mt 4,19).*

Querido Esteban:

¿Cómo estás? Varios chicos que comparten contigo esa sana inquietud de la que hemos hablado otras veces me han preguntado: «Pater, **¿existe una hora de Dios? ¿Por qué no más tarde cuando haya experimentado más cosas?»**». Y es una pregunta muy razonable, porque a primera vista parece que dejar todo e irse con Jesús es arriesgarse a perderse experiencias inolvidables. Es una pregunta muy válida porque los tiempos son siempre un factor importante. Por ello te puedo decir que el tiempo en el que el Señor hace notar su presencia, en el que parecería que esa llamada se hace más urgente, ese tiempo en el que parece que todo encaja, que se dan circunstancias propicias para tomar una decisión importante... ese tiempo no es indiferente. Ese momento tiene una razón de ser y responde a una realidad más grande: hay una misión por delante y el tiempo (el tuyo personal y el de toda la humanidad), es limitado.

Dios es soberano y puede decidir no solo el *cómo*, sino el *cuándo* entrar en la vida de un hombre y hacerse sentir. Hasta cierto punto ese tiempo no depende de nosotros o de las circunstancias que nos toca vivir. En la historia de la salvación hay todo tipo de ejemplos acerca de la libertad con la que Dios irrumpe en la vida de una persona. Hasta se podría decir que es un poco caprichoso cuando se trata de

elegir los tiempos. A Abraham lo llamó siendo un anciano (Cfr. Gn 12,1); en cambio, Gedeón era un niño (Cfr. Ju 6,12) y Jeremías, algo más mayor, se consideraba a sí mismo joven e inseguro (Cfr. Jr 1,6). Ya entrados en el nuevo testamento, dicen que la virgen María tenía unos catorce o quince años cuando la visitó el ángel Gabriel (Cfr. Lc 1,26); Pedro era un hombre casado (Cfr. Lc 4,38) y parece ser que Saulo de Tarso tenía unos veinticinco años cuando se le apareció el mismo Jesús camino de Damasco (Cfr. Hch 9,3). Sobre esta hora de Dios que se da en cada uno de manera diferente Benedicto XVI dice algo bastante iluminador:

Existe la hora de Jesucristo, el instante que no puede aplazarse, porque no se puede calcular y decir: «Sí quiero, por supuesto, pero tengo que hacer esto o lo otro». (...) Existe la hora de la llamada, que exige una decisión instantánea, una decisión mucho más importante de cuando podríamos imaginar y de lo que es perfectamente razonable. Tiene preferencia la razón de Jesús y su llamada (Joseph Ratzinger, *Servidor de vuestra alegría*, pág., 35).

Los ejemplos a lo largo de la historia son muchísimos, empezando por el de los primeros discípulos de Jesús. Cuenta el evangelio que el Señor, de repente, casi intempestivamente y sin avisar, vio a dos hermanos lavando sus redes de pesca y les dijo: «**Venid conmigo y os haré pescadores de hombres**» (Mt 4,19). Cada historia es diferente, pero en muchos casos la fuerza con la que irrumpe la voz de Cristo en el corazón de forma más o menos inesperada es muy parecida. La historia de **Santo Domingo de Guzmán** es otra

de ellas. Durante sus años de universidad en la ciudad de Palencia (España), este joven intelectual sintió esa «hora de Dios» en su vida, viendo la enorme carestía de comida que había en su tierra en aquella época. De repente le inundó un profundo remordimiento de conciencia por la clave tan autorreferencial con que estaba viviendo su vida, decidió vender sus libros y se dijo: «No puedo estudiar sobre pieles muertas mientras mi pueblo muere de hambre». La llamada a romper con sus seguridades personales siguió madurando y con el tiempo llegó a ser el fundador de la orden de los predicadores, más conocidos como los dominicos, otra gran congregación religiosa.

Otra historia inspiradora, hablando de los tiempos de Dios, es la de Jorge Mario Bergoglio. Un joven argentino que narra en sus memorias sacerdotales cómo una tarde sintió un impulso muy fuerte de ir a confesarse y, al llegar al confesionario, sintió en la voz del sacerdote la presencia de un Dios que le estaba esperando. En ese momento sintió la caricia de Dios y provocó un terremoto espiritual que lo llevó eventualmente al seminario. ¿Quién hubiera pensado que esa caricia divina marcaría la historia del que ahora es el Papa Francisco? Dios nos conoce mejor incluso que nosotros mismos y sabe cuándo el alma está lista para dar un salto al vacío. En esa hora de gracia el corazón se encuentra revestido de una fuerza desconocida, casi ciega. Esa hora en la que Jesucristo pasa al lado de algunos de nosotros, nos mira a los ojos con amor y nos dice: «Déjalo todo y vente conmigo».

Cuando llega esa hora es importantísimo ser sincero con uno mismo y buscar el apoyo de un buen consejero, que sea experimentado y prudente. Una persona que busque sobre todo tu bien, tu felicidad, que te ayude a tomar una decisión en total libertad. Si recorremos este camino solos corremos el riesgo de prolongar indefinidamente la decisión o de precipitarnos a ciegas por un camino que, tal vez, nunca fue para nosotros. En resumidas cuentas Esteban, sí, existe un momento privilegiado en el que la llamada de Dios se hace más fuerte, un momento ideal para responder y hacerlo con plena libertad. ¿Cómo identificar esa «hora de Dios» en tu propia vida? Teniendo en cuenta los signos de los que ya hemos hablado en otro momento, siendo sinceros con nosotros mismos y buscando la guía de alguien que te pueda orientar y acompañar en el camino. Todo ello sostenido por la vida de gracia y la oración humilde y confiada.

¡Un abrazo muy fuerte!

5

Cuando perder es ganar

¿Cómo es posible que Dios me pida renunciar a todo lo que para mí es importante, renunciar a mis sueños y proyectos personales?

El que pierda la vida por mí, la encontrará (Mt 16,25).

Querido Esteban:

Muchos jóvenes, en medio de esa lucha por encontrar la voluntad de Dios en sus vidas, se topan con un muro difícil de saltar, una aparente contradicción que los detiene: **«Si Dios me ama, ¿cómo es posible que me pida renunciar a todo lo que para mí es importante, renunciar a mis sueños y proyectos personales?»**. Esto sucede porque tenemos la manía de pensar en Dios como un como intruso en nuestra vida, alguien que viene a pedirnos, a quitarnos algo. Pero aclaremos dos cosas importantes. Primero, Dios nunca, nunca nos pide renunciar a nada, sino más bien elegir. Segundo, cuando se trata del Señor, paradójicamente, solamente salimos ganando cuando perdemos. No por nada dijo Jesús: **«El que pierda la vida por mí, la encontrará» (Mt 16,25)**.

Es importante tener esto claro porque de lo contrario estamos, por un lado, planteando la posibilidad de entregar la vida al Señor y, por otro, de forma más o menos consciente, estipulando las cláusulas del contrato. El Papa Benedicto XVI una vez predicando a un grupo de jóvenes sacerdotes dijo algo interesante sobre esto:

El sacerdocio exige siempre que renunciemos a nuestra propia voluntad, a la idea de la simple autorrealización, a lo que podríamos hacer o querríamos tener y nos entreguemos a otra voluntad para dejarnos guiar por ella,

llevar incluso a donde no queremos. Si no existe, si no está presente esa voluntad básica de entrega a otra voluntad, de identificarse con ella, de dejarse guiar adonde no habíamos calculado, no se está caminado por la auténtica senda sacerdotal y la ruta emprendida solo podrá conducir a la perdición. El sacerdocio se apoya en el valor de aceptar la voluntad de otro (Joseph Ratzinger, *Servidor de vuestra alegría*, pág. 33).

Insisto en lo que te decía antes, Dios no quiere que nos fijemos en aquello a lo que estamos renunciando, sino en aquello que estamos eligiendo. ¿Crees que tu padre vive cada día pensando en los dos millones de mujeres a las que ha renunciado o más bien vive pensando en aquella que ha elegido? Además, ¿crees que el Señor te invitaría a un camino de vida que no fuera el que te va a hacer más feliz? ¿No crees que tiene el poder de llenar tu corazón mucho más de lo que podrían hacerlo todas esas cosas a las que estás renunciando? Me ayuda mucho recordar los escritos de Juliana de Norwich, una mística inglesa que vivió en la Edad Media. Tiene un librito muy interesante en el que habla, entre otras cosas, de los tres modos en que Dios premia a aquellas almas que deciden servir a Dios en esta vida:

Dios me mostró los tres grados de beatitud que toda alma que haya servido a Dios voluntariamente de alguna forma en la tierra tendrá en el cielo. El primero es el honor y agradecimiento de Dios nuestro Señor que recibirá cuando sea liberada del dolor. El agradecimiento es tan elevado

y tan honroso que le puede parecer suficiente como si no hubiera nada más. Pues me pareció que todo el dolor y el esfuerzo que los hombres vivos pueden soportar no podría merecer el agradecimiento glorioso que obtendrá un solo hombre que haya servido voluntariamente a Dios.

En cuanto al segundo grado, consiste en que todos los bienaventurados del cielo verán la gloria del agradecimiento. Dios hace conocer a todos los que están en el cielo los servicios del alma; y entonces me fue revelado este ejemplo. Si un rey muestra agradecimiento a sus súbditos, esto es un gran honor para ellos; y si se lo hace saber a todo el reino, entonces su honor es aún mayor.

El tercer grado consiste en que la primera alegría con la que el alma es recibida durará para siempre. Y vi que esto se revelaba íntima y dulcemente: que la edad de cada hombre será conocida en el cielo y será recompensado por su servicio voluntario y por el tiempo que ha servido. Y aquellos que voluntaria y libremente ofrecieron su juventud a Dios serán especialmente recompensados más allá de toda medida y se les agradecerá de manera maravillosa (Juliana de Norwich, *Libro de visiones y revelaciones*, p. 69).

¿No te parece increíble? Uno se imagina a Dios como uno de esos grandes reyes de la Edad Media, tipo Fernando X el sabio, rey de Castilla, reconociendo públicamente ante la corte, los caballeros y ante todo el pueblo congregado frente a la Catedral, los servicios prestados a la corona por aquel joven caballero. ¡Y pensar que la alegría y el honor de ese instante durarán para toda la eternidad!

Alguien que entendió esta verdad y la vivió radicalmente fue **San Pablo**. Su nombre original era Saulo. Nació en Tarso, actual Turquía y vivió en el s. I d.C. Era un judío de la tribu de Benjamín (algo que lo posicionaba muy bien socialmente), con ciudadanía romana (como tener hoy pasaporte estadounidense), noble (por ser fariseo), culto (educado por el famoso rabino Gamaliel) y rico. Y , sin embargo, llegó a escribir: «Por Cristo lo he perdido todo y lo tengo por estiércol a fin de ganar a Cristo y encontrarme unido a él» (Flp 3,7). Perdiendo todo, acabó encontrándose no solo con Dios sino con lo mejor de sí mismo. Y gracias a esa pérdida, tú y yo, junto con todo el mundo occidental, conocemos a Jesús. Por todo ello, Esteban, te insisto. Cuando se trata de Dios, perder es ganar. Si existe un solo Dios creador del universo, ¿habrá algo más inteligente que abandonar nuestro futuro totalmente en sus manos? ¿Hay algo más noble que vivir con la certeza moral de saber que ese gran Rey se ha fijado en ti? Yo creo que no...

¡Un abrazo muy fuerte!

6

Paquete completo

¿Qué quiere decir exactamente la palabra
«vocación»?

*Sal de tu tierra, de tu patria, de la casa de tu padre,
a una tierra que yo te mostraré (Gn 12,1).*

Querido Esteban:

Quería reflexionar contigo sobre la palabra *vocación* porque es importante entenderlo bien. **¿Qué quiere decir exactamente?** Para mí hay dos significados principales. Te comparto el mío, aunque sobre este tema hay varias escuelas y opiniones. El primer significado tiene un sentido amplio y se refiere al llamado que Dios hace a cualquier persona a la vida y a una existencia feliz, realizada, completa en esta vida y después en el cielo. Se podría decir que es la vocación universal que todos tenemos a la felicidad y a la salvación de nuestra alma. El segundo significado, bastante más restringido, se refiere al llamado específico que Dios hace a una persona para entregarle totalmente su vida en el sacerdocio o en la vida consagrada. Esta vocación incluye una misión, una tarea confiada por Dios que polariza toda la existencia. Es la vocación de tantos hombres que desde hace cientos de años han servido a Dios, desde Abraham, nuestro padre en la fe, a quien el Señor habló más o menos 1800 años antes de Cristo, y le dijo: **«Sal de tu tierra, de tu patria, de la casa de tu padre, a una tierra que yo te mostraré» (Gn 12,1)**. Una llamada que implicaba toda su existencia, todo su ser.

En mi experiencia personal siempre he pensado que aquel día en el que le dije al Señor: «Sí, acepto», antes incluso de ingresar al seminario, todo sucedió, todo se hizo posible. O sea, en aquel mismo instante recibí mi uniforme de seminarista, hice mis promesas, cursé mis estudios y me ordené sacerdote. Siempre he pensado que decir «sí» a Dios es aceptar un designio total de su voluntad sobre nosotros. Aceptar el paquete completo y como Abraham, caminar a una tierra totalmente desconocida. Esto incluye muchas sorpresas inesperadas. Algunas llenan el alma de un profundo gozo interior. Otras pueden llegar a ser muy dolorosas. Pero no tienes idea de la tranquilidad que da el poder decir: «Esto venía incluido en el paquete». No caigas en la tentación de ver la vocación como un menú de restaurante, en el que puedes escoger unos platos o prescindir de otros. Decirle «sí» a Dios es probar todo el menú. No se vale decir: «Yo no firmé para esto» o «paso de comer este plato y me voy directamente al postre». La vocación sacerdotal no es solamente a ser cura para administrar los sacramentos y predicar la palabra de Dios, aunque eso sea lo más importante. Se trata de una llamada al abandono más total y absoluto en Dios, y a todo lo que Él quiera permitir en tu vida. ¡Y vaya si hay sorpresas!

Esto asusta si escuchas la voz de Dios como una intrusa, una ladrona que viene a quebrar tus planes personales. Pero con el tiempo vas descubriendo hasta qué punto ese designio misterioso de Dios responde profundamente a los anhelos más íntimos del corazón. El Papa Francisco, refiriéndose a la vocación de Abraham, comenta algo her-

moso: «La Palabra de Dios, aunque lleva consigo novedad y sorpresa, no es en absoluto ajena a la propia experiencia del patriarca. Abrahán reconoce en esa voz que se le dirige una llamada profunda, inscrita desde siempre en su corazón» (Papa Francisco, *Lumen Fidei*, n. 11). ¿Qué quiere decir esto? Que aunque nunca hubiéramos elegido lo que Dios pensó para nosotros, a medida que caminamos, nos sentimos en nuestro lugar. Como si dijeras: «Yo nunca hubiera elegido esto, pero ahora que estoy aquí siento que estoy donde tengo que estar».

Insisto en esto Esteban para que a la hora de reflexionar sobre ser o no ser sacerdote no te quedes solamente en la parte del sacerdocio que más se ve. O sea, en la del servicio: predicar la palabra de Dios, celebrar la eucaristía, bodas, bautizos, funerales, dar consejo, ayudar los necesitados, etc. Hay una dimensión más profunda que debes considerar, menos visible, más espiritual: la del abandono más profundo a todo lo que Dios quiera para tu vida, como Santa Teresa de Calcuta. Ella tenía ya treinta y seis años cuando durante un viaje en tren recibió la «llamada dentro de la llamada», para dejar el colegio y la comunidad de monjas en la que vivía desde hacía dieciocho años y dedicarse totalmente a los pobres, leprosos y moribundos. Cuando se consagró a Dios por primera vez en 1928, y «dejó atrás su tierra, su patria y la casa de su padre», probablemente no contaba con eso. Pero Dios sí. De algún modo, ese segundo llamado venía incluido en el paquete del primer «sí», era parte del paquete completo de su vocación.

Es importante entender el sacerdocio como un «sí» incondicional a la voluntad del Padre, tal y como esta se vaya manifestando a lo largo del camino. Jesús no salvó el mundo por encarnarse, vivir oculto treinta años, predicar tres años y morir en la cruz. Lo salvó porque todo eso era sencillamente la voluntad de Dios. «No se haga como yo quiero, sino cómo quieres tú» (Cfr. Lc 22,42). Te sonará raro, pero Jesús habría podido salvar al mundo comiéndose un helado si Dios le hubiera pedido eso. ¡Increíble! Esteban, decirle a Dios «sí», es firmarle al Señor un cheque en blanco. Es entender el sacerdocio no solo como un servicio, sino como una ofrenda por la que nos abandonamos totalmente a lo que Él nos vaya mostrando como su voluntad. Decir sí al paquete completo. Si entiendes la vocación de esta manera y la vives así, ¡qué feliz puedes ser!

¡Un abrazo muy fuerte!

7

Una moneda de dos caras

¿La voluntad de Dios o la mía?
¿Elige Dios o elijo yo?

Jesús se volvió, y viendo que le seguían les preguntó: «¿Qué buscáis?» (Jn 1,38).

Querido Esteban:

Hace tiempo me sorprendiste con una pregunta muy inteligente: **«Padre, ¿elige Dios o elijo yo?»**, y te respondí, no sé si te acuerdas, usando la imagen de una moneda. Porque como sabes, una moneda tiene dos caras y me encanta esta analogía para hablar de la vocación. ¿En qué sentido? Ahí te va una pequeña historia.

Alfonso tenía ya treinta y ocho años y cuatro hijos en el mundo. Entraba al banco a las ocho de la mañana para volver a casa cerca de las seis y media de la tarde. Aquel día llegó cansado, se quitó la chaqueta del traje, se aflojó el nudo de la corbata y entró en la cocina husmeando en la nevera algo que comer. Carmen, su mujer, apareció de la nada. Venía de ayudar a Jorge, el menor de sus hijos, con unas tareas de matemáticas. El caso es que ahí estaban los dos sentados. Todo parecía normal, hasta que Carmen, mirándole a los ojos, le dijo: «Tengo que decirte algo... no puedo más». Y se le escapó una lágrima.

«Alfonso», comenzó, «perdóname por tardar tanto, por no haber tenido el valor de decírtelo antes. No sabía cómo hacerlo. Ni siquiera yo misma entiendo como he podido aguantar tanto tiempo». «¿Aguantar qué?» Contestó él: «¿Te acuerdas de aquella noche en Toledo, en casa de tus

padres, cuando nos quedamos solos después de cenar y me dijiste que querías casarte conmigo?», «¡Pues claro!», le dijo Alfonso sonriendo y apretando la mano derecha de Carmen encima de la mesa. «Alfonso, te dije que sí porque sabía que estabas totalmente enamorado de mí y me dio pena romperte el corazón, pero sinceramente no lo veía claro entonces y tampoco lo veo ahora. Necesito tiempo para pensar y me voy una temporada a casa de mis padres». Carmen se levantó de la mesa, le dio un beso en la frente, acostó a sus hijos y metiendo algo de ropa de forma improvisada en una pequeña maleta salió de casa.

Sinceramente la historia es inventada, pero no sería la primera vez que alguien vive una realidad parecida en su matrimonio y, por extraño que te parezca, también en su camino sacerdotal. ¿Por qué? Porque he podido escuchar a muchos compañeros tener la misma conversación, que tuvieron Carmen y Alfonso, con Dios. O sea, gente que entró al seminario porque sentían que Dios les llamaba, que estaba enamorado de ellos y no supieron decir «no», pero ¡un matrimonio así no hay quien lo aguante! Por eso hablar de la vocación es como hablar de una moneda de dos caras. Es decir, nunca se trata solo de lo que Dios quiere para nosotros, sino de lo que nosotros queremos también. ¡Dios no quiere esclavos, Esteban! Y por ello vale la pena profundizar en las dos caras de una misma moneda a la que llamamos *vocación*.

De una cara está la pregunta: ¿Qué quiere Dios de mí? Para responder a esta pregunta hay que ver las condiciones, por así decir, naturales, para que se pueda dar un llamado. Es

algo así como la tierra en la que se puede plantar la semilla de la vocación: buena salud; haber nacido en una familia hasta cierto punto normal; una psicología sana; afectividad madura y equilibrada y una capacidad intelectual que sin ser la de Einstein sea suficiente para enfrentar largos años de estudio. Luego están los signos o inquietudes de carácter más existencial: una cierta resonancia espiritual; el atractivo por esos valores que van más allá de lo estrictamente técnico o que te reportan solo beneficio económico; un noble deseo de trascendencia, de significado a tu vida; la capacidad de empatizar con el dolor de las personas; un corazón muy grande que quiere amar mucho y a muchas personas; y lo que para mí es más importante, un vacío existencial profundo, un anhelo de felicidad que difícilmente vas a poder colmar con lo que el mundo te ofrece, por más noble y hermoso que pueda ser. Algo así como la experiencia del joven rico: «¿Qué más me falta?» (Mt 19,20). Si estas condiciones naturales e inquietudes existenciales se dan, entonces aparece la necesidad de comenzar un camino que llamamos *discernimiento*.

Ahora bien, lo dicho se refiere solo un lado de la moneda. Es Alfonso, diciéndole a Carmen, que está enamorado de ella, diciéndole que le ha cautivado y que quiere formar con ella un proyecto de vida, una familia. Pero no basta y muchos se quedan en este punto. ¡Pero falta la otra cara de la moneda! Aquí la pregunta cambia. Ya no se trata de lo que Dios está tratando de decirme a mí. Aquí la pregunta te la hace Dios y mirándote a los ojos te pregunta: «Y tú, ¿qué quieres? No me digas *sí* solamente por no darme un

disgusto. ¿Qué hay en tu corazón? ¿Qué buscas? ¿Te gustaría entregarme la única vida que tienes? Porque si no puedes ser padre de familia y vivir una vida maravillosa y te voy a querer igual, eres mi hijo». Si recuerdas se parece mucho a la pregunta que hizo Jesús a Juan, uno de los primeros sacerdotes de la Iglesia católica: **«¿Qué buscas?» (Cfr. Jn 1,38)**. Y **San Juan** por propia voluntad decidió quedarse con Jesús no solo aquella tarde, sino toda su vida. Creo que el corazón de Juan llevaba años esperando que alguien le hiciera esa pregunta.

En resumen, Esteban, sin olvidar que en esencia es Cristo el que nos elige, es importantísimo entender el llamado como dos caras de una misma moneda. Hay que tener el valor de enfrentar no solo la pregunta acerca de lo que Dios quiere de mí (y que se manifiesta a través de diferentes signos e inquietudes existenciales), sino la pregunta, mucho más comprometedor y responsable, sobre lo que tú quieres, lo que tú buscas realmente, sobre lo que hay en tu corazón. De lo contrario, nuestra vida corre el riesgo de acabar como la de Alfonso y Carmen: quebrada y estéril precisamente en el momento en el que todo parecía ir de maravilla.

¡Reza por mí! Yo rezo por ti.

8

Un jarrón de porcelana

¿Se puede perder la vocación?

Llevamos este tesoro en vasos de barro (2 Cor 4,7).

Querido Esteban:

¿Cómo estás? Ha pasado ya un tiempo desde aquella mañana en la que me hiciste una pregunta importante: **¿Se puede perder la vocación?** Y la respuesta, sencillamente, es: sí. Es posible, pero hay que aclarar en qué sentido, porque hay varios modos de interpretarlo y no todos son sanos. Se puede perder como se puede venir abajo un matrimonio: por no cuidar y alimentar esa relación. O como se puede perder un amigo: por traicionar su confianza. Se puede perder como quien por negligencia deja que se seque una planta: por no regarla. Y esto sucede Esteban porque la voz de Dios en el corazón es algo muy sutil, a veces imperceptible. Es algo delicado como un jarrón de porcelana. Si no lo cuidas se te cae de las manos y se rompe.

Y ese jarrón se te puede romper antes de empezar a caminar, mientras uno forcejea entre responder o no a la mirada de Cristo que te dice: «Vende lo que tienes y sígueme», como le pasó al joven rico (Cfr. Mt 19, 16-22). Se te puede romper durante el camino, cuando a pesar de haber dicho «sí», resulta que el Señor empieza a pedir demasiado y acabamos por retirarnos pensando que «esto no entrababa en el contrato» (Cfr. Jn 6,67). O se puede romper al final, cuando caminando con Cristo en su última subida a Jerusalén, de repente se detiene, te pone la mano en el hombro

y te dice: «Me van a matar» (Cfr. Lc 9,43), y temiendo que nos pueda tocar la misma suerte lo abandonamos y huimos, como le pasó a Pedro, a Judas y a todos los demás. El caso es que uno puede sucumbir en cualquier momento y tirar la toalla cautivado por el aroma de otros perfumes.

Por eso, Esteban, es importante recordar la parábola de Jesús sobre el sembrador. El Señor quiso comparar el Reino de los cielos a un puñado de semillas que caen, en parte, en terreno pedregoso donde la poca raíz, la rapacidad de los pájaros o las preocupaciones del mundo pueden llegar a sofocar el fruto (Cfr. Mt 13, 1-23) ¡Que no te pase lo mismo! Cuida esa pequeñísima llama, esa voz, ese jarrón de porcelana que vas cargando en lo más profundo de tu corazón. Puede suceder que diferentes circunstancias personales o familiares nos inviten a retrasar ese salto al vacío para darle al Señor una oportunidad. Es algo normal. Lo importante aquí es ser prudentes y saber leer lo que Dios quiere comunicarnos a través de esas mismas circunstancias.

Todavía recuerdo aquel momento en el que por primera vez me confesaste algo maravilloso: «Padre, ¿sabes qué? Entre todas las opciones de vida que tengo por delante no descarto la posibilidad de ser sacerdote». ¡Menuda sorpresa! Sinceramente no lo vi venir, al menos no tan pronto. Pero a lo mejor, con el tiempo, esa remota posibilidad ha ido quedando sepultada entre un montón de proyectos, todos buenos y, a estas alturas, podamos incluirla entre una lista de deseos nunca realizados. Recuerdo que algo de aquella confesión me llamó la atención. ¡Vino acompañada de una sonrisa! Así es, el solo hecho de abrirte a esa posibilidad te hacía sonreír. No

podías evitarlo. Y te lo recuerdo porque para mí esa sonrisa es uno de los signos más importantes para discernir un posible llamado. Me explico con una experiencia personal.

Era una tarde de invierno y tenía diecisiete años. Sentí la necesidad de confesarme y llamé a un amigo sacerdote para ver si podía hacerme un hueco esa misma tarde para charlar un poco y escuchar mi confesión. Él accedió con gusto. Al final, estando a punto de salir de su despacho, me comentó de pasada que ese fin de semana pasaría por el seminario y le daba un poco de pereza viajar solo. Así que me dijo: «Julio, si no tienes planes, ¿te gustaría acompañarme?». Recordándolo ahora no me extraña tanto el haber aceptado, sino el hecho de haberlo hecho sonriendo. ¡Es curioso! Sin haberlo previsto, de la nada, la idea de pasar un par de días en el seminario me arrancó una sonrisa.

¿Por qué te hablo de esto? Porque la sonrisa que se te escapó cuando me confiaste aquella «remota posibilidad» se parecía mucho a la mía cuando el padre me invitó a acompañarle al seminario. Esteban, muchas veces hemos hablado de cómo no hay forma humana de saber con certeza si uno tiene o no vocación. Solamente podemos leer los signos e inquietudes que brotan de lo más íntimo del corazón y abrirnos a esa posibilidad. Pero al final siempre va a requerir de nuestra parte un acto de confianza y de generosidad. Y en todo ese camino hay que ser muy responsables, porque desde el inicio de la Iglesia han existido hombres que, por ser algo descuidados, han dejado que ese susurro del Señor quede sepultado debajo de un montón de

proyectos. San Pablo, siempre tan realista, decía con razón que «llevamos este tesoro en vasos de barro» (2 Cor 4,7).

El ejemplo más elocuente fue el **joven rico**. Algunos lo han considerado el único fracaso de Cristo. Si recuerdas el evangelio nos cuenta como el Señor «lo miró con amor» y después de invitarlo a venderlo todo y dárselo a los pobres, le dijo: **«Vente conmigo» (Cfr. Mc 10, 17-22)**. Y el evangelio nos da a entender que conservó sus muchos bienes, pero envueltos en un halo de tristeza. Esteban, sinceramente no sé si es o no tu camino, pero una cosa está clara, hay alguien que no está interesado en que lo descubras, que es el enemigo de nuestras almas y te va a poner mil obstáculos para que no lo veas claro, o para que, abriéndote a esa posibilidad, te pueda ganar el miedo o el noble afán de servir a Dios en el mundo. Algo hermosísimo, pero muy distinto de los tesoros incalculables que Cristo reserva para sus sacerdotes.

En fin, solo quería pedirte ese favor. Cuídate y cuida esa llama pequeña, pero tremendamente luminosa que hay en tu corazón. No dejes que los vientos de la duda o del miedo la apaguen. ¿Cómo? Reza al menos un misterio del rosario todos los días, cuida mucho la vida sacramental y recibe la eucaristía siempre que puedas pidiéndole a Dios sencillamente el cumplir su voluntad en tu vida. Y, por último, María... entrégale a ella la remota posibilidad de ser todo para Cristo, ponla en sus manos de niña, purísimas, para que ella la proteja como solo una madre sabe hacerlo.

¡Un abrazo muy fuerte! Gracias por tu amistad y tu confianza siempre.

9

Como un rascacielos

¿Por qué tanto tiempo de formación?
¿Qué hacen todos esos años?

Si alguno de vosotros quiere construir una torre, ¿acaso no se detiene a calcular los gastos, para ver si tiene con qué terminarla? (Lc 14,28).

Querido Esteban:

¿Cómo estás? Mucha gente se pregunta por qué los sacerdotes tardan tanto tiempo en ordenarse. ¡Entre nueve y once años, si no es que más! Es una muy buena pregunta. ¿Por qué tanto tiempo de formación? ¿Qué hacen todos esos años? ¡Se les va la mejor época de su vida, la que podría ser tan productiva, encerrados entre libros y oraciones! Efectivamente, hay carreras incluso más especializadas, en el ámbito de la medicina, por ejemplo, que tardan menos tiempo. Para responder a tu pregunta ahí te va una de esas frases en latín que puedes usar para mil cosas y que ahora nos viene como anillo al dedo: *In omnibus respice finem*. O sea, que en todas las cosas debe prevalecer el fin, el motivo por el cual se hacen. Si uno quiere construir un rascacielos de sesenta pisos tiene que hacer buenos cimientos. El fin (el número de pisos) determina los medios (la profundidad de los cimientos). Pues la formación de los sacerdotes es igual.

Un buen sacerdote es como un rascacielos, ¡toda una obra de ingeniería! Hay varios niveles de ese gran edificio que poco a poco tienen que ir consolidándose y cada nivel tiene su propia dificultad. Por eso cuando se embarca en esta aventura tiene que ser consciente de que no es cualquier cosa. Por algo nos advierte el Señor cuando dice: «Si alguno

de vosotros quiere construir una torre, ¿acaso no se detiene a calcular los gastos, para ver si tiene con qué terminarla?» (Lc 14,28). Esa «torre» o rascacielos necesita cimientos profundos: una proyección de vida exclusivamente en clave de servicio a los demás; la madurez humana y afectiva para renunciar a una esposa y unos hijos; la opción por un estilo de vida como el de Jesús (pobre, casto y obediente); la preparación intelectual necesaria tanto en la fe como en diferentes ámbitos de la ciencia; la profundidad espiritual para vivir como sacerdote y víctima, etc. ¡Menuda ensalada! Hacen falta años para moldear nuestra cabeza y nuestro corazón.

¿Cómo se moldea la cabeza? Estudiando filosofía y teología. La filosofía sirve para ordenar nuestro mundo interior. Entrena la mente, pensar bien y fundamentar las ideas en principios sólidos. Me atrevería a decir que es como un lavado de cerebro o como un detox mental. ¿Cómo se hace esto? Escuchando, leyendo, dialogando con los grandes pensadores de todos los tiempos. Al no ser muchos de ellos creyentes te enseñan a usar el poder de la razón y a descubrir toda su potencialidad. Y luego está la teología, para estudiar todo lo que Dios ha querido decirnos a través de la historia de la humanidad, de la Biblia y de los grandes hombres de fe. Cuando eres capaz de combinar bien lo que aprendes por la razón y lo que te enseña la fe, llegas a formarte una idea súper interesante de la vida, del mundo y de los hombres. Es una gran experiencia que te capacita para orientar a las personas en un mundo tan confuso.

Y el corazón, ¿cómo se moldea? Es algo más elaborado. Tener un corazón que sienta como el de Jesús no es nada fácil, ¡pero es lo más importante para un sacerdote! Hay que hacer un esfuerzo por asimilar el evangelio lo mejor posible, que viene a ser algo así como la regla suprema, el referente de toda la vida de cualquier sacerdote. Leyendo y orando con el evangelio, comienzas a preguntarte: «Este modo de comportarme, de pensar, de reaccionar, ¿es evangélico o no? ¿Qué haría Jesús aquí?». Los que sienten un llamado al sacerdocio dentro de una congregación o grupo religioso, se encuentran además con una especie de segunda regla que hace hincapié en un aspecto de la personalidad y de la misión de Jesús. A esto en la Iglesia se le llama *carisma*. Y respecto a la vivencia de un carisma dice un santo carmelita que para cualquier alma que se entrega a Dios en un camino particular o un ideal de vida resulta muy necesario:

Hacer un estudio profundo de la espiritualidad que lo representa y de familiarizarse con los santos que son sus fundadores. El ideal encontrado debe polarizar todas las energías del alma y hacerla rendir su máximo de potencia y fecundidad. La perfección del alma está en juego, así como el bien de la Iglesia. En este camino encontrará el alma, las gracias que Dios ha preparado para su santificación. Como más eficazmente contribuirá al bien del conjunto será sirviendo a la Iglesia en el puesto que se le ha señalado (...). El diletantismo tornadizo, que todo lo toca para saborearlo, todo es perjudicial; la especialización en su vocación es el medio más eficaz de cooperar. Esta especialización en

una vocación o en una espiritualidad permite mantener la misión y las gracias particulares (María Eugenio del Niño Jesús, *Quiero ver a Dios*, pág. 241).

Junto a los estudios de filosofía y teología, está lo que llamamos *ascesis*. Es un sinónimo de disciplina, pero vivida por amor a Jesús, porque es impensable que uno pueda crecer en las virtudes, la oración, el amor al prójimo, etc., confiando solo en la acción del Espíritu Santo y sin poner lo que está de su parte. Juan Pablo II decía que «solo quien, en nombre del amor, sabe ser exigente consigo mismo, puede exigir amor de los demás; porque el amor es exigente» (San Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 1994, n. 14).

Podría hablarte de más cosas, pero esto sería lo esencial. De todas formas no quiero dejar de advertirte que en todo este proceso de llegar a ser sacerdote hay un individuo que no está nada interesado en que seas santo: el diablo. Es tan listo que no solo busca tentarnos con lo malo, sino también con lo bueno. Y cuando ve un joven con ganas de ser santo, hace todo lo posible por retrasarlo o impedirle crecer durante sus años de formación. ¿Cómo lo hace? Con lo que llamamos *narcisismo espiritual*, y pasa mucho en el seminario. Consiste en querer estudiar, vivir el evangelio, cumplir con las normas o imponerse una disciplina no tanto como preparación para servir a los demás, sino para sentirse bien con uno mismo. ¡Un verdadero peligro!

Para terminar, la Iglesia, que es muy sabia, ha querido dejar a todos los sacerdotes del mundo un gran modelo a seguir en la persona de San Juan María Vianney, un sacerdote muy

humilde, párroco de un pueblito llamado Ars, en Francia. A punto estuvieron de sacarlo del seminario debido a su poca capacidad intelectual. Pero por su amor a las almas y su capacidad de sacrificio acabó siendo el patrón universal de todos los sacerdotes. El mismo diablo le dijo una vez: «Si existieran tres hombres como tú en la tierra al mismo tiempo, mi reino sería destruido». Él supo afrontar su formación centrado en lo más importante: amar a Jesús y a los demás con todo su corazón. Cuando estamos construyendo ese rascacielos, formar un corazón como el de Jesús, lleno de mansedumbre, humildad y disponibilidad, es el cimiento más importante de todos querido Esteban. En fin, como ves, desarrollar una segunda naturaleza que piensa y siente como la de Jesús, requiere mucho tiempo, pero ¡vale la pena!

¡Un abrazo fuerte!

10

OVNI (Objeto volador no identificado)

Bodas, bautizos y primeras comuniones,
¿un poco aburrido no?

Nuestra lucha no es contra la sangre o la carne, sino contra los principados, potestades y contra los poderes de este mundo de tinieblas (Ef 6,12).

Querido Esteban:

«**Un poco aburrido, ¿no, padre?**» No has sido el primero en decirme que proyectar una vida celebrando bodas, bautizos y primeras comuniones está lejos de parecer una aventura apasionante. Habría que matizar este tema porque estar presente en los momentos más significativos de la vida de las personas no es poca cosa, pero entiendo que a primera vista podría parecer monótono. En cualquier caso, esa parte, digamos, del servicio, la parte más visible del trabajo de un sacerdote, es solo la mitad de su trabajo. Me gusta explicarlo hablando de los OVNIS.

Un OVNI es un *objeto volador no identificado*, por eso se parece bastante a un sacerdote. ¿En qué sentido? Como católicos creemos que existen dos mundos: uno visible y otro invisible. Y obviamente parecería que la actividad del sacerdote estaría totalmente volcada hacia lo que se puede ver, tocar o sentir, pero no es así. La vida de un cura es como la de un objeto volador que oscila entre dos mundos, el cielo y la tierra, lo sensible y lo espiritual, lo natural y lo sobrenatural. Por eso dice San Pablo que **«nuestra lucha no es contra la sangre o la carne, sino contra los princi-**

pados y potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra los ejércitos espirituales de maldad en las regiones celestiales» (Ef 6,12). El sacerdote lucha simultáneamente en dos mundos.

Primero está la atención al mundo visible. Esa multitud de personas cuyos cuerpos permanecen aún unidos a las almas. A estos les habla, los acompaña y les nutre, ya sea para iniciar, sanar o fortalecer sus corazones a lo largo del camino de la vida. ¿Cómo hace esto? Por la predicación del evangelio, la orientación espiritual, la administración de los sacramentos y la presencia en los momentos más importantes o difíciles de la vida de las personas. Un sacerdote puede vivir en un solo día lo que la gente vive a lo largo de toda su vida: la alegría de un bautizo o de una primera comunión; la emoción de unos recién casados; la angustia de un moribundo, etc.

Luego están las almas del purgatorio, esa multitud inmensa que espera entrar definitivamente en el cielo. Por ellos tiene que orar e interceder para que lleguen pronto a la meta. Hay que echarles una mano, ¿cómo?, pues a través de la oración y el sacrificio, especialmente durante la misa. Y por último está ese universo de espíritus celestes que llamamos ángeles. Con los buenos se une para alabar y bendecir a Dios por todos aquellos hombres que no lo hacen; a los malos se enfrenta para proteger a las personas y tratando de minimizar el daño que quieren hacer en el mundo. ¿Recuerdas cuántas veces Jesús se topó cara a cara con los demonios durante el tiempo que estuvo con

nosotros? Tanto es así, que es uno de los principales poderes que otorgó a sus apóstoles: «Os doy autoridad para expulsar demonios» (Cfr. Lc 9,1).

Sobre este tema de los ángeles hay muchos testimonios que hablan de su presencia en torno a la vida del sacerdote, sobre todo durante la misa. Santa Brígida de Suecia cuenta cómo un día durante la misa «vio un inmenso número de los Santos Ángeles descendiendo y congregándose alrededor del altar contemplando al sacerdote». O el **Beato Enrique Suso**, dominicano, que escribió sobre una ocasión en la que diciendo misa «los ángeles en forma visible se reunían en torno al altar y algunos se acercaban a él».

Esteban, algunos ven al sacerdote como un prestador de servicios sociales o un psicólogo frustrado que anda hurgando en los bolsillos de las personas para poder vivir sin trabajar. Pero la realidad es muy distinta. Ser sacerdote no es una profesión o un trabajo. Es un estado permanente de batalla en dos mundos distintos pero muy conectados. La ventaja de vivir así es que pasas las veinticuatro horas del día como enchufado al mundo real. Es decir, la gran mayoría de las personas piensan y razonan en un solo ámbito espacio-temporal. Los sacerdotes vivimos y respiramos en dos. Puede sonar divertido, pero implica una enorme responsabilidad, porque «la profesión sacerdotal implica los más agudos contrastes: cielo y tierra, naturaleza y sobrenaturaleza; en medio, el sacerdote, mediador entre estos dos mundos» (Federico Suárez, *El sacerdote y su ministerio*, p. 45). Un sacerdote constantemente está ejerciendo un

impacto enorme en el mundo visible e invisible. Siempre está salvando, protegiendo, intercediendo y el valor de una misa celebrada con devoción puede generar un poder salvífico muy superior a una charla televisada con millones de personas escuchándole.

Cada minuto en la vida de un cura es parte de un designio amoroso de Dios para el mundo y esto llena de significado todo lo que hace. Me podrías decir: «Pero un militar o médico podrían decir lo mismo». ¡Desde luego! Con la única diferencia de que ellos construyen algo maravilloso en el mundo visible. El sacerdote construye simultáneamente en los dos, en el visible y el invisible. La vida sacerdotal está muy lejos de ser aburrida. Yo diría que se parece más bien a la de esos superhéroes de Marvel que viven como ciudadanos de dos mundos. Bueno, ¡pues en nuestro caso pasa de verdad!

¡Un abrazo muy fuerte!

11

¿Se puede vivir sin sexo?

¿Se puede vivir sin sexo?
¿Algún día dejan de gustarle las mujeres?

*No todos entienden esto,
sino aquellos a quienes les es dado
(Mt 19,11).*

Querido Esteban:

Hace tiempo me enfraqué en una de esas conversaciones con un grupo de chicos del colegio y para variar acabaron hablando de niñas. Y la pregunta tenía que llegar: «Padre, ¿y tú como le haces? **¿Algún día dejan de gustarte las chicas? ¿Se puede vivir sin sexo?»**. La pregunta no me sorprendió demasiado. Lo que sí me sorprendió fue la reacción de uno de ellos que, buscando responder en mi lugar, dijo: «Es que a los padres no les cuesta, porque son padres y como que Dios les da algo para que no les cueste». ¡Increíble! Y realmente mucha gente piensa así. Que los sacerdotes somos seres especiales a los que Dios toca con una varita mágica para que dejen de gustarnos las mujeres o al menos no nos cueste vivir el celibato.

«Pregúntale a tu padre», respondí, «si desde el día en que se casó ha dejado de sentirse atraído por otras mujeres». O tú mismo que tienes novia Esteban, ¿me vas a decir que de vez en cuando no se te van los ojos con ninguna otra? Los sacerdotes somos antes que nada hombres, con los impulsos naturales que todos experimentan. Pero no somos animales y tenemos que ser dueños de nosotros mismos, vivir la castidad como cualquier pareja de novios o esposos.

Es decir, vivir el dominio sobre nuestros impulsos sexuales como cualquier persona, hombre o mujer, soltero o casado.

Pero vamos al corazón de tu pregunta, ¿cómo es posible vivir en paz, siendo hombre, sin tener relaciones sexuales? Para poder entender esto es importantísimo profundizar en el significado del sexo o más bien de la sexualidad. Porque muchas veces se confunden las dos cosas. Si lo piensas, tú eres tu cuerpo, con tu cuerpo de hombre. Todo lo que sientes, vives, experimentas, lo haces desde una corporeidad masculina. O sea, que somos seres impregnados de sexualidad. Pero nuestra sexualidad es mucho más que tener relaciones sexuales. La sexualidad es la capacidad que tenemos las personas de amar y sentirnos amados y que abraza todos los aspectos de la persona, cuerpo y alma. ¿Cómo se explica, si no, que haya tanta gente que teniendo relaciones sexuales frecuentes se sienten solos o infelices? Porque no se sienten amados o no saben amar. Por otro lado, hay personas, como los curas que, no teniendo sexo, amamos y nos sentimos amados y por ello somos felices. O sea, nuestra sexualidad se realiza plenamente sin intimidad sexual con una mujer. ¿Cómo es posible esto?

El instinto natural de un hombre no es tanto tener relaciones sexuales con una mujer, sino realizar su vocación de amar y ser amado como varón, concretamente con la llamada a la paternidad, algo mucho más profundo y muy vinculado a su masculinidad. Un padre provee seguridad, alimento, protección, educación, fuerza, y por supuesto comunica vida. Si lo analizas un sacerdote hace exactamen-

te lo mismo, pero de otro modo. No por nada le llaman «padre». ¿Y las mujeres? Pues nunca deja uno de sentirse atraído por ellas y por la belleza de esa feminidad que, de hecho, está pensada para complementar al hombre: la sensibilidad, el cariño, la escucha, la comprensión, la delicadeza. Pero, por otra parte, a un sacerdote no se le pide más de lo que se le pide a un hombre casado: ser dueño de sí mismo y mantenerse fiel a la elección que hizo. ¡Ojo! No a la renuncia, sino a la elección. Tu padre no podría vivir en paz pensando cada día en los siete millones de mujeres con los que podría haberse casado, sino que vive de la elección que hizo por su esposa, una mujer extraordinaria. Pues el sacerdote igual. No vive pensando en la renuncia que hizo a una esposa, sino centrado en la elección que hizo por Jesucristo y por el servicio a los demás. Ahora bien, esta elección implica mantener la cabeza fría y no andar jugando con fuego: mantener vivo el ideal sacerdotal a través de la oración y el contacto con la palabra de Dios, saber cuidarse, tener buenos amigos, usar bien el tiempo, hacer ejercicio, etc.

Pero, vayamos un poco más en profundidad porque el tema del celibato va mucho más allá del sentido práctico. El celibato responde a un significado mucho más profundo por la conexión que existe entre el sacerdote y la eucaristía. Es sorprendente la fuerza del vínculo que existe entre lo que dice el sacerdote al consagrar la hostia durante la misa: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros» (Lc 22,19), y el celibato, donde también «entregas tu cuerpo» a Dios y a la Iglesia por la salvación de todo el género huma-

no. Y esa unidad de vida entre lo que dices y lo que haces proporciona una enorme solidez y seguridad interiores. Como digo, no es fácil y hay que saber cuidarse. Es un reto que todos los hombres que han servido a Dios, hasta los más santos, han experimentado. El famoso **San Pío de Pietrelcina**, más conocido como P. Pío, ya venerado como santo cuando murió en 1968, tuvo tentaciones contra la castidad hasta su muerte. Dicen que el diablo se le aparecía de muchos modos con la intención de darle miedo. Algunas veces los demonios se le aparecían en forma de mujeres, medio desnudas y bailando de forma provocativa. Como ves por más santo que uno sea y esté cerca de Dios, nunca deja de luchar por mantenerse fiel hasta el último suspiro.

Por último, una elección por Jesús implica «exclusividad, tener el corazón y las manos libres» (San Juan Pablo II, *Homilía a los sacerdotes, diáconos y seminaristas*, 17 de noviembre de 1980), para servirlo solo a Él en todas aquellas personas que nos encontramos en el camino. Sinceramente, Esteban, no todos lo ven así. Muchos cuestionan esto del celibato argumentando que el hombre es demasiado débil o que nadie tiene derecho a privarle del derecho natural a casarse. Como si fuera algo demasiado grande para nosotros. Incluso dicen que habría menos escándalos por abusos sexuales. Pero se olvidan de dos cosas importantes: en primer lugar, Jesús podría haberse casado y no lo hizo. Y el sacerdote elige para sí mismo la misma vida que Jesús eligió, totalmente entregada al Padre, a la Iglesia, a las almas. En segundo lugar, hay que recordar que es Cristo el que elige a sus sacerdotes y los deja con el peso de su

propia debilidad para que sea evidente que algo tan grande, tan por encima de las fuerzas ordinarias del hombre, es un regalo de Dios, un don, un carisma muy especial. Por eso dice el Señor que **«no todos entienden esto, sino aquellos a quienes les es dado» (Mt 19,11).**

En síntesis, es posible vivir sin sexo porque somos mucho más que eso: somos seres pensados para ser felices amando y siendo amados. El sexo es una parte importante de la sexualidad, ¡importantísima!, pero no es todo. El sacerdote hace suyo el estilo de vida que Jesús eligió para sí mismo y él no se casó, aunque podría haberlo hecho. Por último, al sacerdote, como hombre, no se le pide más de lo que se le pide a un hombre casado: ser fiel a la elección que hizo un día. Y cuando se vive esta ofrenda con plenitud, con totalidad, ¿no te imaginas cuánta alegría en el corazón del sacerdote! ¡Un abrazo fuerte! ¡Todo esto para que pidas mucho por la santidad de los curas!

12

Ni *Matrix* ni *Harry Potter*. El sacerdocio es cruz

¿Cómo sé que no me voy a equivocar?
¿Cómo evitar un fracaso?

*El que no carga con su cruz y me sigue,
no es digno de mí (Mt 10,38).*

Querido Esteban:

Respecto al tema de la vocación hay una pregunta, o más bien un temor muy razonable: ¿Cómo sé que no me voy a equivocar? ¿Se puede fracasar? Y es que todos tenemos miedo de perder tiempo, energías o de equivocarnos comenzando un camino que no sabemos si va a terminar bien. Aunque si lo piensas bien, este temor siempre aparece ante cualquier decisión importante: empezar una carrera, invertir dinero en un negocio, casarte... siempre hay un margen de riesgo. Un espacio vacío donde la única cosa que te puede salvar es la confianza. Pero la pregunta sigue ahí y es muy válida: «Me da miedo equivocarme, ¿cómo evitar un fracaso?». La mejor forma de evitar un fracaso es entendiendo bien de qué se trata el sacerdocio antes de adentrarte por este camino. No por nada dice Jesús hablando de los que quieren seguirle: «El que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí» (Mt 10,38).

Más allá de los signos del llamado, de un debido acompañamiento, de ser muy honesto con uno mismo y de todo lo que ya hemos hablado en otras ocasiones, lo más importante para no fracasar es no idealizar el sacerdocio, es decir, entenderlo como lo que es: no solo una aventura apasionante sino un camino con Jesús... y todos sabemos

dónde acabó Jesús: crucificado. Tener claro en qué consiste para no caer en desencantos: «Yo pensaba... yo creía... me dijeron...». Te confieso que cuando empezó toda esta aventura del sacerdocio para mí, me lo imaginaba como una combinación de *Matrix* mezclada con la vida de *Harry Potter*, ¿en qué sentido?

No sé si has visto la película de *Matrix*, pero representa un mundo post apocalíptico gobernado por máquinas cuya fuente de energía depende de los seres humanos. Los hombres no nacen, sino que son producidos y cultivados como si fueran lentejas. Y claro, como nadie quiere ser una lenteja, les conectan el cerebro a un mundo virtual que al menos para ellos resulta tan real como la vida misma. El caso es que hay un pequeño grupo de hombres que han preferido liberarse de una realidad placentera, pero ficticia, falsa, para enfrentar la cruda realidad y luchar para liberar a los demás.

No es difícil encontrar el parangón con la vida de un sacerdote. ¿Acaso no dijo el Señor «la verdad os hará libres» (Jn 8,31)? En mi cabeza, ese sacerdote liberado de la idolatría del poder y del placer (mundo ficticio, pasajero), debe enfrentar una batalla diaria para liberar también a sus hermanos. ¿Te suena a película de Hollywood? ¿Y si a esto le añades poderes especiales? Porque Jesús dijo a sus apóstoles: «Os doy poder para curar enfermedades, resucitar muertos, expulsar demonios y hasta tomar venenos sin que os haga daño» (Mc 16,17) ¡Más atractivo todavía! De ahí la mezcla con *Harry Potter* y el mundo de los poderes

ocultos reservados a unos pocos con una misión súper especial de salvar el mundo.

Y no es que esta idealización juvenil del sacerdocio no tenga algo de valor, pero está muy lejos de lo que el Señor nos quiso hacer entender la noche de la última cena lavando los pies a sus amigos. ¡Y no digamos ya lo que nos quiso decir muriendo en la cruz! Con el tiempo he entendido mejor que ser sacerdote es ser otro Cristo para las personas. Que la vida del sacerdote no consiste en ser el protagonista de una película con final feliz, sino más bien lo contrario. Hace tiempo encontré una cita que lo expresa muy bien:

La vida del sacerdote en el mundo —en un medio hostil por definición— está muy lejos de constituir una suave estancia llena de placidez. No es apacibilidad lo que su ordenación trae al sacerdote, sino lucha; porque si «milicia es la vida del hombre sobre la tierra» (Job 7,1), lo es especialmente para el sacerdote por su misión peculiar y hasta por su mismo ser sacerdotal (Federico Suárez, *El sacerdote y su ministerio*, p. 45).

Tanto Neo, el protagonista de *Matrix*, como Harry, enfrentan una batalla, pero uno lo hace con el conocimiento y otro con la magia. La única arma del sacerdote es la cruz y ese es su destino. Y esto cuesta mucho entenderlo. Imagínate si será difícil entenderlo que en las tres ocasiones en las que Jesús, en el evangelio de Marcos, anuncia a sus amigos su muerte inminente, reaccionaron preguntándole quién sería el más importante en el Reino de los Cielos. O sea, habían proyectado el seguimiento de Jesús como una película en

la que ellos eran los protagonistas con final feliz. ¡Incluso a Pedro, el gran amigo del Señor, la roca, el primer Papa, le costó entender esto!

Narra la tradición que durante la persecución del emperador Nerón en el año 64 d.C., San Pedro decidió salir de Roma por la Vía Apia, escapando a la muerte, pero durante el camino se encontró con el mismísimo Jesús que iba en dirección contraria cargando la cruz. Pedro sorprendido le preguntó: «¿A dónde vas Señor?» (*Quo vadis Domine?*), y Cristo le respondió: «A Roma para ser crucificado de nuevo» (*Romam vado iterum crucifigi*). Pedro entendió la indirecta y sabemos que acabó siendo crucificado boca abajo.

Dicho esto, volvamos a tu pregunta inicial, ¿puedes equivocarte y fracasar? La respuesta es sí y no. Sí puedes fracasar y experimentar una gran decepción de la vida sacerdotal si solo la idealizas, si la planteas como una película de la que eres protagonista, dotado de conocimientos reservados a unos pocos y poderes ocultos que te hacen sentir diferente o incluso mejor que los demás. Es decir, si la piensas en clave egocéntrica, narcisista, buscando solamente tu realización personal. Pero, no vas a fracasar si entiendes el gesto de Jesús durante el lavatorio de los pies (Jn 13); si entiendes qué quiso decir Jesús al hablar de la necesidad de «perder la vida para poder encontrarla» (Mt 10,37); y si acercándote a un crucifijo eres capaz de besarlo y decir: «Señor, lo que tú quieras, como tú quieras, cuando tú quieras», como decía Santa Maravillas de Jesús. Es imposible fracasar siendo honesto con uno mismo, haciendo un buen

discernimiento y renunciando a ser el protagonista de algo. Se trata de servir Esteban, no de buscar grandes cruces o formas espectaculares de entregar la vida por los demás, sino de entregarla un poco más todos los días. Paradójicamente de ahí nace la auténtica liberación interior. Como dice el Papa Benedicto XVI:

El desprendimiento que libera a los hombres, solo se alcanza por las pequeñas renunciaciones diarias a sí mismo. En esta pasión diaria, por la cual únicamente puede experimentar el hombre de qué múltiples formas le ata su propio yo, en esta pasión diaria y solo en ella, se va abriendo el hombre palmo a palmo. El hombre solo ve tanto cuanto ha vivido y sufrido (Joseph Ratzinger, *Fe y futuro*, p. 75).

En resumen, el sacerdocio es vivir y morir con Jesús, sirviendo a Dios y a los demás. Si uno tiene esto claro desde el principio y no anda haciendo castillos en el aire, entonces camina seguro, sin riesgo. Incluso si, en el andar del camino, un joven se da cuenta de que no era por ahí y busca a una mujer para formar una familia, podrá mirar hacia atrás con libertad y gratitud a Dios, orgulloso de haber estado dispuesto a darle al Señor toda la vida. Esteban, gracias por querer ser honesto contigo mismo desde el principio. Un abrazo.

13

A contrarreloj

No vivimos para siempre

Tenemos que trabajar en la obra del que me envió mientras es de día. Llega la noche cuando ya nadie puede trabajar (Jn 9,4).

Querido Esteban:

¡No vivimos para siempre! Perdóname que por esta ocasión sea este el punto de partida en lugar de una de tus muchas preguntas. Una de las frases más emblemáticas de la vida del Señor es esta: **«Tenemos que trabajar en la obra del que me envió mientras es de día. Llega la noche cuando ya nadie puede trabajar» (Jn 9,4)**. Es una frase que nos ayuda a entender la clave en la que vivió Jesús durante el tiempo que estuvo con nosotros en la tierra: a contrarreloj.

Se podría decir que Jesús vivió en una sana tensión como un péndulo que osciló entre el tiempo de su partida de este mundo y el cumplimiento de la misión que el Padre le había encomendado. Es una frase que hace referencia al final de la historia, pero también al tiempo de cada hombre. Porque la muerte es esa «noche» en la que ya no podemos trabajar. Y es que suele suceder que de todos los talentos que recibimos de Dios el que menos valoramos es el tiempo. Parecería que alguien nos quiere mantener distraídos para no caer en la cuenta de que vamos a morir. Lo sabemos, pero no nos importa. Al menos no lo suficiente para que afecte nuestras decisiones. Vivimos como sedados sin acabar de entender que el valor del tiempo es incalculable, su duración limitada y su pérdida irremplazable.

Menos mal que el evangelio pone todo en su lugar. Jesús habló en varias ocasiones sobre el valor del tiempo ante la muerte y la eternidad, por ejemplo, en la parábola sobre aquel hombre que agrandó sus graneros para almacenar todo su trigo y a quien le dijo Dios: «Insensato, esta noche te pedirán el alma; lo que has acumulado, ¿para quién será?» (Lc 12, 20). Nos recordó el tiempo como un bien limitado, medido: «¿Quién de vosotros por más que se lo proponga puede añadir una hora a la medida de su vida?» (Mt 6,27). Y en la tan conocida parábola de los talentos, al enojarse con el tercer hombre por no haber hecho rendir sus dones y al que llama «siervo perezoso y holgazán» (Mt 25,26). La escritura está llena de mensajes que hacen referencia a esta urgencia, a esta necesidad de aprovechar el tiempo y tomar decisiones de cara a la vida inmortal que nos aguarda. «Se le ha dado al hombre morir una sola vez», nos recuerda la carta a los hebreos «y después el juicio» (Hb 9,27).

No sé si te suene de algo el **Beato Carlo Acutis**. Es un chico italiano al que le encantaba la informática y que murió de leucemia a los quince años con fama de santidad. Carlo decía que «nuestra meta debe ser el infinito, no el finito» porque «desde siempre el cielo nos espera». Habiendo conocido por divina inspiración que moriría pronto dijo: «Estoy feliz de morir porque he vivido mi vida sin desperdiciar ni un minuto, haciendo cosas que agradan a Dios». Ese fue su proyecto de vida consciente de que solo tenía una oportunidad, una vida. ¡Un crack!

Pero, ¿por qué te hablo de esto en el contexto de la vocación sacerdotal? Porque cuando se trata de discernir sobre la posibilidad de darle a Cristo una oportunidad, recordar que solo tenemos una vida para entregar ayuda a considerar las cosas desde una perspectiva más amplia. ¡Vivir cinco mil quinientos millones de años con la alegría de haber servido a su Majestad en el tiempo de la «gran tribulación» (Ap 7,14)! Perdóname por el tono un poco dramático, pero a mí personalmente me motiva. Obviamente, muchísimos hombres habrán servido a Dios durante su vida como padres de familia, médicos, profesores, campesinos, políticos o como personas de buena voluntad humildes y sencillos que le dieron gloria haciendo las cosas lo mejor posible. Pero haberle servido con las manos ungidas, habiendo actuado *in Persona Christi*, a tiempo completo, con todo el ser... ¡es otra cosa!

Por todo ello Esteban en tu camino personal de discernimiento recuerda sencillamente el factor tiempo. Es un talento maravilloso, invaluable, muy limitado e irremplazable. De cara a la eternidad y la muerte, contemplar la posibilidad de que el Señor te quiera pedir la única vida que tienes puede asustar un poco, es comprensible. Pero piensa que Él nunca nos insinuaría un camino que no fuera nuestra mayor felicidad, el camino más seguro para hacer que este tiempo rinda al ciento por uno.

¡Te mando un gran abrazo!

Conclusión

Querido Esteban:

Esta será la última carta y quisiera añadir tres cosas muy relacionadas entre sí a todo lo que te he dicho. La verdad es que tienes materia de reflexión para una buena temporada.

La primera es muy simple: **si vas a ser sacerdote que sea para ser santo**. Si no, de verdad, no vale la pena. Este estilo de vida solo llena el corazón cuando se vive en plenitud, cuando se queman los barcos. Y al revés, cuando uno se descubre haciendo cálculos, buscando exclusivamente la realización personal, proyectando beneficios o conveniencias personales, acaba resultando un desastre. Optar por una vida santa es fundamental no solo para ti sino para las almas y para toda la Iglesia. Un padre carmelita le da tanta importancia a esta decisión que llega a afirmar lo siguiente: «En el Reino de Dios todo se mide por la calidad. El fracaso de un alma invitada por Dios al camino de las cumbres es una desgracia mayor que la mediocridad de miles de otras que jamás han caminado sino por bajos fondos. ¡De estos fracasos se tiene profunda compasión en el reino de Dios!» (María Eugenio del Niño Jesús, *Quiero ver a Dios*, pág. 626).

Es como decir: mejor un solo sacerdote santo que cien acomodados. Además, si lo analizas, Cristo nunca vivió preocupado por los números. Buscó a doce hombres, los preparó y los envió. Comparó su trabajo y su misión con el

«grano de mostaza» (Cfr. Mt 13,31) y llamaba a sus seguidores «pequeño rebaño» (Cfr. Lc 12,32). Eso sí, por activa y por pasiva les insistía en una sola cosa: «El que pone la mano en el arado y mira atrás no sirve para este trabajo» (Cfr. Lc 9,62). Les decía: «O estás conmigo o contra mí» (Cfr. Mt 12,30), pero no hay lugar para medias tintas. Por lo demás el futuro de la Iglesia, como dijo en una entrevista a la radio el entonces Cardenal Ratzinger «no vendrá de aquellos que solo escogen el camino más cómodo, los que evitan la pasión de la fe, y tienen por falso y superado, por tiranía y legalidad, todo lo que exige al hombre, lo que le duele, lo que le obliga a renunciar a sí mismo. Digámoslo positivamente: el futuro de la iglesia, también ahora, como siempre, ha de ser acuñado nuevamente por los santos» (Joseph Ratzinger, *Fe y futuro*, pág. 73).

Lo segundo Esteban, **sé un hombre de oración y de reflexión**. El diablo no se conforma con tentar al sacerdote con lo malo, también lo tienta con lo bueno: grandes proyectos apostólicos, anhelos de obras vistosas o de una agenda ininterrumpida de actividades en las que se está haciendo el bien. Pero, ¿qué pasa? Que si no se tiene cuidado la sal se desvirtúa, pierde su sabor, su fuerza vivificante. ¿Por qué? Porque «la fuerza del sacerdote y su eficacia no está en su acción, sino en su oración y sacrificio; no en moverse como una inquieta lagartija, sino en el trabajo sereno de quien hace lo que debe —lo que es voluntad de Dios— un minuto tras otro; no en una vida exterior de actividad, sino en una vida interior de actividad más intensa, pero más recogida y profunda» (Federico Suárez,

El sacerdote y su ministerio, p. 209). Todos los santos vienen a decir lo mismo: hay que orar y darse el tiempo para pensar las cosas, para reflexionar. Es lo que San Bernardo llamaba la *consideratio*. ¿De qué se trata?

El Papa Benedicto XVI lo explicó en una famosa entrevista. Hablaba de la necesidad de «no perderse en el activismo», de la importancia de buscar «la penetración clarividente» de las cosas, de custodiar «el tiempo de la ponderación interior, del ver y tratar con las cosas, con Dios y sobre Dios». Pensar que hay que trabajar siempre sin interrupción podría ser un movimiento falso. Más adelante el Papa confesaba la necesidad de «dejar muchas cosas en manos de otros para conservar la visión interior de conjunto, el recogimiento, del cual puede provenir entonces la visión de lo esencial» (Benedicto XVI, *Luz del Mundo*, pág. 81-83).

Por último, algo que a primera vista parece una contradicción con lo que acabo de decirte: **busca ser feliz no solo aquí en la tierra, sino después en el cielo**. No sé si recordarás aquella ocasión en la que Pedro, el mejor amigo de Jesús, tuvo el atrevimiento de decirle al maestro: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué nos va a tocar?» (Mt 19,27). Uno esperaría que el Señor le fuera a responder algo así como: «Pedro, no seas egoísta, todo el día pensando en ti mismo y en lo que vas a sacar de todo esto». Hubiera sido una reprimenda razonable. ¡Pero no! Curiosamente le dice: «Recuerda con quien estás tratando... todo aquel que me siga recibirá cien veces más en este mundo y después la vida eterna» (Cfr. Mt 19,29).

Dios es un ser profundamente agradecido, por eso cuando se trata de hacer negocios con el Señor, perder es ganar. Es increíble vivir cada día con la certeza de saber que Dios está agradecido contigo. Siempre tengo presente la dedicatoria que escribió mi padre en la contraportada de un pequeño misal:

El pasaje del joven rico en su encuentro con el Señor es, para mí, de los más bellos del evangelio. Es difícil imaginar la tristeza del Señor ante la negativa de aquel joven, pero por eso es maravillosamente reconfortante pensar en la alegría del Señor ante tu respuesta; ese sí generoso, sin condiciones. ¡Qué alegría en la cara del Señor! Una alegría que borra todas las tristezas. Toda tu vida podrás ver la alegría de la generosidad. La primera definición de la generosidad es la nobleza. Las dos se complementan. Qué bonito ser noble, qué alegría ser generoso.

Esa mirada y esa sonrisa del Señor más allá de los éxitos y fracasos, más allá de los vaivenes que uno experimenta en la vida sacerdotal hacen que todo valga la pena. Una alegría que como dice San Juan, «nadie nos podrá quitar» (Cfr. Jn 16, 21-23). Esteban, si te estás planteando la posibilidad de ser sacerdote, recuerda: santo o mejor ni lo pienses; consciente de la necesidad de la oración y la reflexión y con el recuerdo siempre de la sonrisa y profunda gratitud del Señor. Si lo haces, ¡qué feliz puedes ser! ¡Gracias por haberme escuchado! Seguiré pidiendo por ti.

Un gran abrazo.

Subsidio 1: En pocas palabras

Esteban, te dejo al final de este puñado de cartas un mini resumen de las ideas esenciales de cada una, de tal forma que te ayude a recordar y reflexionar un poco sobre aquellas que más te puedan servir.

1. **Men Wanted.** ¿Vale la pena ser sacerdote? ¿Acaso no se puede servir a Dios como padre de familia? ¡Claro que vale la pena! Ser padre de familia es algo maravilloso, pero si tienes hambre de más, el camino de la vocación sacerdotal (un viaje peligroso, arriesgado, fuera de lo común, con un estilo de vida cargado de significado) puede ser lo que llene totalmente el anhelo más profundo de tu corazón.
2. **Esta noche voy a arrasar.** ¿Hay forma de saber si Dios me habla? ¿Cómo lo hace? Dios puede hablar en todas partes, en cualquier momento, a través del corazón. Pero hay que aprender a leerlo y tener la honestidad de enfrentar lo que el corazón te está queriendo decir, aunque resulte incómodo.
3. **Como cuando te enamoras.** ¿Existen algo así como indicadores de un posible llamado? ¿Dónde están esos signos? ¿Cómo interpretarlos? Es más sencillo de lo que parece. Como cuando te enamoras, primero sientes un atractivo inicial, pero hay que crear espacios donde esa relación pueda crecer y

dedicarle a la persona tiempo de calidad. Dios es amigo de la naturalidad. Lo importante para reconocer esos signos es ser honesto contigo mismo, orar y pedir consejo.

- 4. La hora de Dios.** ¿Existe una hora de Dios? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no más tarde cuando haya experimentado más cosas? Sí, existe una hora de Dios, un momento ideal en el que resulta más fácil responder al llamado, pero en total libertad. Un momento en el que parece que todo encaja y nos invita a dar ese salto al vacío.
- 5. Cuando perder es ganar.** ¿Cómo es posible que Dios me pida renunciar a todo lo que para mí es importante, renunciar a mis sueños y proyectos personales? Nunca se trata de una renuncia, sino de una elección. Y en esa elección por el servicio de Dios, entre más desprendido de todo más libre, más feliz y auténtico.
- 6. Paquete completo.** ¿Qué quiere decir exactamente la palabra «vocación»? Aunque tiene diversos significados, para mí se trata del designio de Dios sobre tu vida y que abarca toda tu existencia. No es decir solo «sí» al sacerdocio, sino a todo lo que Dios vaya mostrando como su voluntad a lo largo de toda la vida.
- 7. Una moneda de dos caras.** ¿La voluntad de Dios o la mía? ¿Elige Dios o elijo yo? Dios no quiere es-

clavos, quiere hombres libres. Él nos llama, pero también nos pregunta si queremos estar a su lado. Tan importante es la pregunta que tú le haces a Dios («Señor, ¿qué quieres de mí?»), como la pregunta que Dios te hace a ti («¿Qué buscas?») (Cfr. Jn 1,38).

8. **El jarrón de porcelana.** ¿Se puede perder la vocación? Sí, como una relación de amistad o un matrimonio. Si esa relación no se cuida, no se protege, se puede ir deteriorando al punto de poder quebrarse.
9. **Como un rascacielos.** ¿Por qué tanto tiempo de formación? ¿Qué hacen todos esos años? Porque la misión del sacerdote es nada más y nada menos que la de ser Jesús para los demás, y prepararse para eso requiere mucha paciencia, formar la mente y el corazón. Además de las trampas que pone el diablo para obstaculizar esa transformación.
10. **OVNI (objeto volador no identificado).** *Bodas, bautizos y primeras comuniones, ¿un poco aburrido no?* No tanto, sobre todo cuando entiendes la naturaleza de una batalla que se pelea en dos mundos: visible e invisible. Esa batalla hace que cada minuto esté cargado de tanto significado que está muy lejos de ser aburrido.
11. **Vivir sin sexo.** ¿Se puede vivir sin sexo? ¿Algún día dejan de gustarle las mujeres? La verdad es que no, pero el celibato no es una mutilación, sino una vivencia increíble de lo que significa, por un lado,

ser «hombre», y, por otro lado, ser «papá». No por nada a los sacerdotes les llaman «padres». La masculinidad en su sentido más profundo va más allá de la relación sexual con una mujer y madura en la llamada a la paternidad.

12. Ni *Matrix* ni *Harry Potter*. El sacerdocio es cruz.

¿Cómo sé que no me voy a equivocar? ¿Cómo evitar un fracaso? Siendo realistas acerca de lo que es y lo que implica ser sacerdote: morir con Jesús dando la vida por los demás. Si uno tiene clara la meta evita dar pasos en falso al inicio de la carrera.

13. A contrarreloj. ¡Tu mayor talento es el tiempo! Es

un bien invaluable, muy limitado e irremplazable. Por eso tenemos que vivir con una sana tensión de hacer que valga la pena. «Se le ha dado al hombre morir una sola vez y después el juicio» (Hbr 9, 27).

Subsidio 2: Dejemos hablar a un sabio

Esteban, hace tiempo me topé con una homilía sobre el tema de la vocación, predicada por el entonces Cardenal Joseph Ratzinger, a un grupo de nuevos sacerdotes. El texto del evangelio era el siguiente:

Mientras iban caminando, uno le dijo: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. A otro dijo: Sígueme. Pero él respondió: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le replicó: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve y anuncia el reino de Dios. Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame antes que me despida de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.

(Lc 9,51-62)

Y el futuro Papa Benedicto XVI comentó lo que sigue:

Se narra en esta escena el encuentro de Jesús con tres hombres. En ellos y en sus respuestas se refleja lo que es el seguimiento, lo que significa el sacerdocio. Sorprende, en primer lugar, el hecho de que Jesús rechace al que se le acercó primero y él dijo que quería seguirle. Esto significa que el seguimiento o —para llamarlo ya, sin más rodeos, por su verdadero nombre— el sacerdocio no lo puede elegir

nadie por su propia decisión. No es posible imaginarlo como un modo de conseguir seguridad en la vida, de ganarse el sustento, de obtener una cierta posición social. No se le puede elegir simplemente como algo que proporciona seguridad, amistad, protección y cobijo, como un medio con que poder organizar la vida. Jamás puede ser simple medio de asegurar la subsistencia, elección personal. Nadie puede darse a sí mismo o por sí mismo el sacerdocio auténtico. Solo puede ser respuesta a su voluntad, a SU llamada.

El sacerdocio exige siempre que renunciemos a nuestra propia voluntad, a la idea de la simple autorrealización, a lo que podríamos hacer o querríamos tener y nos entreguemos a otra voluntad para dejarnos guiar por ella, llevar incluso adonde no queremos. Si no existe, si no está presente esa voluntad básica de entrega a otra voluntad, de identificarse con ella, de dejarse guiar adonde no habíamos calculado, no se está caminado por la auténtica senda sacerdotal y la ruta emprendida solo podrá conducir a la perdición. El sacerdocio se apoya en el valor de aceptar la voluntad de otro, de responder a la llamada de otro y, a una con ello, en obtener paso a paso y cada vez más la gran certeza de que, entregados a esta voluntad, no somos destruidos, no somos aniquilados; sino que, dondequiera que se nos conduzca y fuera cuales fueren las mudanzas que nos sobrevengan, estamos llegando realmente a la verdad de nuestro propio ser.

Así estamos, en efecto, más cerca de nosotros que cuando solo nos aferramos a nosotros mismos. Por consiguiente,

seguirle —pronunciar ese «si, aquí estoy, estoy dispuesto»— es siempre un acontecimiento de la cruz, con el abandono de lo propio, con la renuncia a la propia capacidad y al propio cuidado de sí, con nuestra liberación gracias al salto hacia lo desconocido de otra voluntad, lo cual es, con todo, lo final y definitivamente conocido. Desde la cruz y la resurrección de Jesucristo advertimos que el fondo de todo esto está la voluntad y el poder que soporta en verdad al mundo y a todos nosotros.

El segundo hombre con el que Jesús se encuentra pone algunas objeciones realmente razonables. Desearía esperar hasta la muerte de su padre y gestionar mientras tanto los asuntos para que todo discurra por sus cauces normales, de suerte que pueda dejarlo todo bien dispuesto y ordenado antes de partir a otro lugar. Luego seguiría a Jesús. Pero, ¿quién sabe cuándo ocurriría esto? ¿Seguiría teniendo entonces la fuerza de voluntad necesaria para ponerse en pie y seguir a Jesús? Una cosa vemos claramente: que la respuesta a la llamada, una llamada de Jesús tiene prioridad y pide la entrega total. Es decir, tiene preferencia y reclama una parte de sí mismo, una parte de su tiempo y de su voluntad. De ser así, no se habría respondido a esta llamada, una llamada tan grande que solicita y llena la vida entera, pero que solo la llena cuando se mantiene en su totalidad.

Esto significa también que existe la hora de Jesucristo, el instante que no puede aplazarse, porque no se puede calcular y decir: «si quiero, por supuesto, pero tengo que hacer esto o lo otro». Porque así se puede dejar escapar

el instante de su vida y perder, precisamente por culpa de estas cautelas, lo auténtico de la propia vida, que nunca se puede recuperar. Hay la hora de la llamada, que exige una decisión instantánea, una decisión mucho más importante de cuando podríamos imaginar y de lo que es perfectamente razonable. Tiene preferencia la razón de Jesús y su llamada: llega primero. Tiene una importancia decisiva —y no solo en el primer instante, sino para siempre y en todos los tramos del camino— este valor para posponer lo que nos parece tan razonable ante este «más tarde» que es él. Solo así llegamos verdaderamente hasta su cercanía.

También el tercer hombre de esta escena quiere poner en orden los asuntos pendientes de su casa. Pide un poco de tiempo, pero también a él se le dice «te necesito enteramente.» No hay un sacerdocio a la media jornada ni a medio corazón. Es algo que requiere al hombre que se entrega, y no solo una parte de su tiempo o de sus bienes.

Y esto nos conduce de nuevo a Elías, el gran modelo en que se dan juntas todas estas cosas. Eliseo quería ser su sucesor. Elías le dice: «pides una cosa difícil; si estás a mi lado cuando sea llevado, si eres capaz de estar cerca del fuego, lo tendrás.», y así ocurrió.

Lo que hemos oído acerca de las sentencias sobre el seguimiento de Jesús traduce en términos prácticos estas palabras de Elías: el seguimiento exige que tengamos el valor de estar junto a su carro ígneo; que tengamos el valor de estar cerca del fuego, que ha venido para incendiar la tierra. Hay en Orígenes una sentencia atribuida a Jesús: «Quien está

cerca de mí está cerca del fuego.» Quien no quiera verse quemado, debe alejarse de él. En el sí al seguimiento se incluye el valor de dejarse abrazar por el fuego de la pasión de Jesucristo, que es también, al mismo tiempo, el fuego salvador del Espíritu Santo. Solo si tenemos el valor de estar junto a este fuego, si nos dejamos incendiar nosotros mismos, solo entonces podremos ser también fuego en esta tierra, el fuego de la vida, de la esperanza y del amor.

Este es el fondo y, en definitiva, el núcleo de la llamada: que debemos estar preparados para dejarnos abrasar, para dejarnos incendiar por aquel cuyo corazón arde por la fuerza de su palabra. Si somos tibio y tediosos, no podemos traer el fuego a este mundo, ni aportar ningún poder de transformación.

Hay todavía otra sentencia, en la que se dice: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar la buena nueva.» Los trabajos de este mundo por los bienes y riquezas son en el fondo preocupaciones por los muertos. «Tú sal de este trabajo de muertos de este mundo y anuncia la alegría», tal es el núcleo auténtico de la llamada que el Señor dirige a quienes han de transmitir su palabra. Anunciar la alegría: por eso a los servidores del evangelio los llama Pablo «servidores de nuestra alegría». Se ha insistido mucho aquí en la pasión de Jesús, pero es porque de su mismo centro surge la alegría. Que nuestro ser en el mundo no es un vivir para la muerte, no es un vivir desde la nada y hacia la nada; sino una vida que ha sido querida desde el principio por un amor infinito hacia el que se en-

camina, todo esto se advierte también en el carro de fuego de Jesucristo. Descubrimos su alegría cuando tenemos el valor de dejarnos incendiar por el mensaje del Señor. Y cuando lo hemos descubierto, entonces podemos abrasar, porque entonces somos siervos de la alegría en medio de un mundo de muerte.

Supliquemos al Señor que nos permita hundirnos y fundirnos en esta luz, en esta hoguera de su alegría. Démosle gracias porque a lo largo de estos cuatrocientos años ha habido siempre, en este lugar, hombres que han puesto la mano en el arado y no han vuelto la vista atrás. Pidámosle que, den el sí total. Roguémosle que nos conceda el valor de poner la mano en el arado, para ser así servidores de su alegría en este mundo. Amén. (Joseph Ratzinger, *Servidor de vuestra alegría*, pág. 32-38).

Subsidio 3: ¿Y ahora qué?

Esteban, vamos a suponer que algo de lo que has leído ha tenido resonancia en tu corazón. Vamos a suponer que de repente te quieres abrir, aunque sea remotamente, a la posibilidad de ser sacerdote. Supongamos que intuyes de algún modo que el Señor espera de ti algo más o que viendo la enorme confusión y oscuridad en la que viven tantas almas no te cierras a la posibilidad de entregar tu vida a Jesucristo y a su Iglesia. ¿Qué hacemos?

Te dejo una pequeña guía práctica de pasos a seguir:

1. Tratándose de una búsqueda de la voluntad del Señor, lo primero es **custodiar la vida de gracia**, sobre todo comunión y confesión frecuentes, para que el canal de comunicación entre Dios y tú estén siempre abiertos. Para que tu teléfono móvil esté siempre en «zona de cobertura».
2. Como dijimos al principio, también se trata de una elección tuya, por eso **necesitas reservarte espacios de oración** y reflexión, para descubrir en esa soledad interior lo que realmente hay en tu corazón y pedir al Señor mucha luz.
3. Ayuda mucho **apoyarte en buenas lecturas**, especialmente el evangelio, vidas de santos o testimonios de hombres y mujeres que han recorrido este camino antes que tú. Hay un libro que te recomiendo

llamado *Cien historias en blanco y negro*. Lo puedes encontrar en internet en PDF. Es una recopilación de testimonios sacerdotales de todo tipo de personalidades muy interesante y ameno.

4. Abre tus inquietudes y **déjate acompañar por un hombre de Dios**, que te ayude a escuchar la voz de Dios y la voz de tu propio corazón en medio de tantas otras voces. Puede ser tu párroco o cualquier sacerdote que te inspire confianza.

5. **Participa en retiros, convivencias o experiencias con otros jóvenes** donde puedas «tomarte el pulso», ver cómo te sientes, compartir con otros jóvenes tus propias inquietudes. La vocación, como la fe, es un camino que se recorre haciendo equipo con otras personas.

Ahora sí me despido Esteban. Gracias por tu tiempo. Si alguna vez tuvieras ganas de hablar con un sacerdote sobre estas u otras preguntas, no tengas miedo de acercarte con el padre de tu parroquia. O si quieres me puedes buscar en Instagram ([pjuliusc](#)). ¡Cuídate mucho, no dejes de rezar por mí y por todos los sacerdotes del mundo!

Bibliografía

Federico Suárez, El sacerdote y su ministerio, Ediciones Rialp, Madrid 2005.

Francisco, Carta encíclica Lumen Fidei, 29 de junio de 2013.

John Eldredge, Salvaje de corazón, Grupo Nelson, Nashville 2003.

Joseph Ratzinger, Servidores de vuestra alegría, Herder, 2007.

Juan Pablo II, Carta a las familias Gratissimam Sane, 2 de febrero de 1994.

Juan Pablo II, Homilía durante la misa para los sacerdotes, diáconos y seminaristas, Fulda, 17 de noviembre de 1980.

Juliana de Norwich, Libro de visiones y revelaciones, Editorial Trotta, Madrid 2002.

María Eugenio del Niño Jesús, Quiero ver a Dios, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2002.

Nota del autor

Obviamente, los curas debemos hacer cuanto podamos frente al olvido de Dios, la injusticia social, la pérdida del sentido moral, la gran desproporción entre ricos y pobres, el desinterés por las verdades eternas y el cúmulo de dolor en la vida de tantos seres humanos. Pero me tranquiliza (no me paraliza), saber que finalmente el devenir de la historia está en manos del Señor. Lo que sí me preocupa es pensar en jóvenes con signos de un posible llamado al sacerdocio y pensar que ese llamado pueda pasar a su lado sin que se den cuenta. Me preocupa en primer lugar por ellos mismos, por la oportunidad que se pueden perder de ser hombres felices y plenamente realizados. Y me preocupa por el mundo, por tantas almas en las que podrían tener una huella tremendamente positiva ya en esta vida y desde luego en la que sigue.

Estoy convencido de que junto con la gracia de la unción sacerdotal nos fue confiada la responsabilidad de acompañar de forma particular a aquellos jóvenes que el Padre ha elegido como instrumentos de su amor en el mundo. Al mismo tiempo creo que no hay nada más bello, especialmente para un sacerdote, que ejercer su paternidad espiritual con ese puñado de almas escogidas.

Aprovecho para agradecer a Dios por los jóvenes inconformistas que ha puesto en mi camino abiertos al sacerdocio;

a todos aquellos estudiantes de Preparatoria y Universidad en su mayoría que aceptaron leer el borrador de este libro e iluminarme con nuevas ideas y desde luego a don Rogelio, que amablemente accedió a revisar y bendecir el manuscrito, añadiendo una presentación. ¡Gracias de todo corazón!

